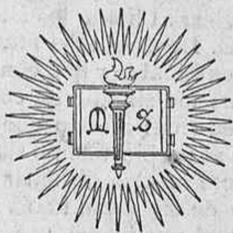


# La Ilustración

HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



# Artística

Año XXVI

BARCELONA 9 DE DICIEMBRE DE 1907

NÚM. 1.354

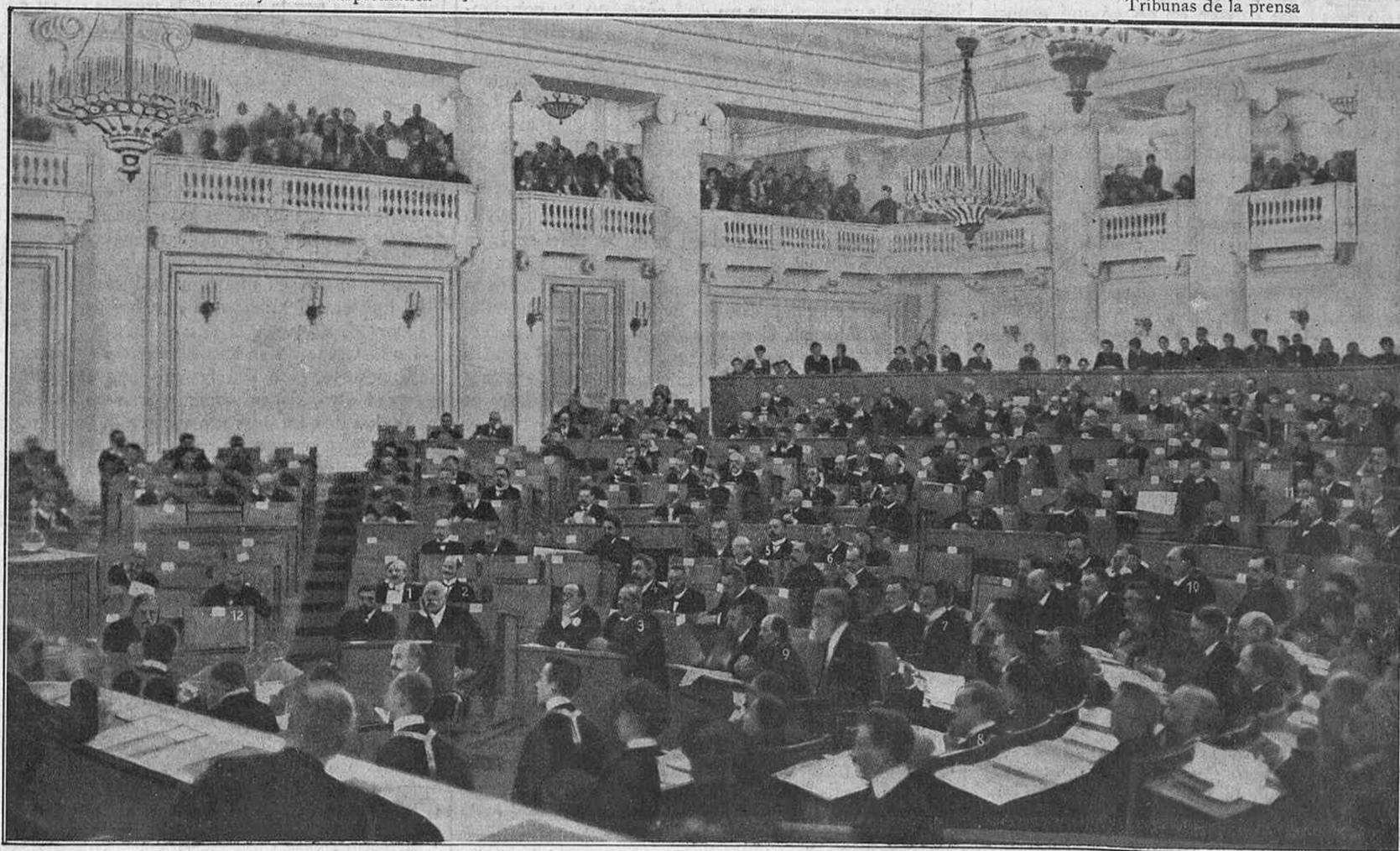
LA TERCERA DUMA DEL IMPERIO RUSO RECIENTEMENTE INAUGURADA. (De fotografías.)



El partido llamado del 17 de octubre. En primera fila, los miembros del comité, con su presidente Gutchkoff en el centro

Público y tribuna diplomática

Tribunas de la prensa



Banco ministerial

## UNA SESIÓN DE LA TERCERA DUMA RUSA

1. Miljukoff, jefe de los cadetes. - 2. Golowin, presidente que fué de la segunda Duma. - 3. Rodsjanko, octubrista. - 4. Jeffremoff, renovador pacifista. - 5. Gutchkoff, jefe de los octubristas. - 6. Chomjakoff, presidente de la Duma. - 7. Krupenski, monárquico. - 8. Chulgin, monárquico. - 9. Jakobowitch, de la Unión del pueblo. - 10. Conde Bobrinski, de la Unión del pueblo. - 11. Scheidemann, monárquico. - 12. Tchelnokoff, cadete.



**Texto.**—*Crónica de teatros*, por Zeda. — *El vivo retrato*, cuento, por Manuel Soriano. — *El actor, Canción picaresca*, cuadros de Federico de Uhde, por P. — *El proyecto de irrigación del Canadá*, por Federico A. Talbot. — *La crisis portuguesa*, por R. — *La tercera Duma rusa*. — *Nuestros grabados artísticos*. — *Miscelánea*. — *La reina del Prado*, novela ilustrada (continuación). — *San Petersburgo. Monumento á Pedro el Grande*, por X. — Libros recibidos en esta Redacción.

**Grabados.**—*La tercera Duma rusa* (de fotografías). — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el cuento *El vivo retrato*. — *El actor, Canción picaresca*, cuadros de Federico de Uhde. — *Romanza sin palabras*, cuadro de J. I. Hunder. — Dibujos que ilustran el *Proyecto de irrigación del Canadá*. — *El rey D. Carlos de Portugal, el príncipe heredero Luis Felipe y el dictador Juan Franco*, retratos correspondientes al artículo *La crisis portuguesa*. — *Junto á la fuente*, copia del célebre cuadro de G. Muzzioli, grabado por Ricardo Bong. — *Medallones retratos del rey Eduardo VII de Inglaterra y del emperador Francisco José de Austria*, por Gustavo Gurschner. — *Banco monumental*, obra de Carlos Kiefer. — *Monumento á Pedro el Grande, de Rusia*, obra de Leopoldo Bernstamm. — *El gran salón subterráneo de la abadía de Welbeck. Galería subterránea que conduce á dicho salón* (de fotografías).

### CRÓNICA DE TEATROS

Nada tan misterioso como el interior de un teatro durante las horas que no son las dedicadas á las funciones. La sala sumida en la sombra que apenas esclarece el débil resplandor que penetra por estrechas claraboyas; los sombríos huecos de los palcos, las largas filas de butacas vacías, el silencio de iglesia que allí reina..., todo ello, por lo mismo que su destino es contener una muchedumbre ruidosa, causa al verlo como muerto una impresión que tiene algo de angustiosa é inquietante.

Y si la sala apagada y vacía nos da esta sensación, el escenario nos hace pensar en no sé qué especie de grotesco cataclismo: selvas de lienzo que se balancean en el aire pendientes de los altos telares, muros de papel, nubes que flotan debajo de artesanos de cartón, maderos, cuerdas, poleas que tienen cierta semejanza con la arboladura de un barco que acaba de correr furioso temporal, un conjunto, en fin, desordenado de cosas heterogéneas que parece haber amontonado en revuelta confusión una catterva de dementes escapada del manicomio.

Este revoltijo está durante las horas de ensayo alumbrado por la escasa luz de unas cuantas lámparas, á cuyos reflejos se vislumbran las figuras de los actores como sombras que celebrasen extraños conciliábulos entre el hacinamiento de trastos dislocados. Todo aquello es como la osamenta desarticulada del arte escénico. A la voz del director, el caos se organiza: los muros separados se juntan, los bosques parece que echan raíces en el suelo, el mar extiende á lo lejos sus azuladas perspectivas, el firmamento de lienzo se cubre de estrellas ó resplandece con luz poco menos intensa que la del día, y las sombras melancólicas que se agrupaban en los rincones oscuros del escenario se truecan en reyes, guerreros, damas, próceres, villanos, en seres de distinta condición, antiguos unas veces, contemporáneos nuestros otras, pero todos ellos agitados por afectos, preocupaciones, pasiones é intereses, que siendo fingidos, gracias al poder maravilloso del arte nos hacen olvidar durante unas cuantas horas nuestras penas, contrariedades y disgustos verdaderos.

Todo esto pensaba yo la otra tarde mientras los maquinistas del teatro de la Princesa preparaban el decorado para el ensayo general de la comedia de Santiago Rusiñol, titulada *La madre*. Carmen Cobena, en compañía de su esposo, Federico Oliver, era el hada á cuya voz iba el escenario convirtiéndose en los lugares en que Rusiñol ha desarrollado la acción de su interesante obra.

\*\*\*

Y empezó el ensayo, que de cuando en cuando interrumpían brevemente las observaciones del autor, el cual, nervioso, como todo artista, saltaba á

veces al escenario para dar algunos toques al cuadro dramático.

El primer acto nos presenta el interior de una tahona. Rosa, el ama de la panadería, tiene un hijo, Manuel, que siente decidida vocación por la pintura. La atmósfera de su hogar le ahoga: quiere vivir la vida del arte, trasladar al lienzo los altos ideales que pueblan su fantasía. La madre del futuro artista, que le ama con amor entrañable y que con seguro instinto maternal adivina los sinsabores, contrariedades y peligros que existen en el camino que su hijo quiere emprender, y que al propio tiempo siente desgarrarse el corazón ante la idea de tener que separarse de aquel pedazo de su alma, habla á Manuel con tanta ternura, que el muchacho, vencido por las razones de su madre, se resigna á renunciar á sus sueños.

Un acontecimiento imprevisto cambia el reciente propósito del joven. Al pueblo acaba de llegar el ilustre pintor Carmona, acompañado de otro artista y de un crítico famoso. Enterados de las aficiones de Manuel, van á ver sus cuadros, y entre el ingenuo muchacho y el maestro se entabla una discusión, en la cual contrastan los entusiasmos juveniles de aquél con el escepticismo de éste. Avivada por la contrariedad la vocación de Manuel, cobra éste nuevos bríos, y la madre, comprendiendo que la felicidad de su hijo estriba en seguir sus impulsos, acepta el sacrificio de apartarse de él.

Y ya consagrado á la vida del arte, Manuel lucha por conquistar la gloria. Nada de transigir con viejas rutinas. Él quiere realizar su ideal artístico, y para conseguirlo luchará con la miseria, con la indiferencia del público y con el desvío de críticos y maestros. Tan noble intento se ve contrariado por las impurezas de la realidad. Su cuadro, por moderno, ha sido rechazado en la Exposición; Carmona le aconseja que transija con la vulgaridad por aquello de que el vulgo es necio, pero es el que paga, y la mujer á quien ama el pintor le impele con sus ruegos á que siga la dirección que le señala el maestro. Solamente Alberto, bohemio sinceramente enamorado de su arte, le aconseja que resista; pero Manuel es débil; aquellas contrariedades, juntamente con el deseo de no ser gravoso á su madre, le hacen renunciar á sus propósitos y transige con las corruptoras enseñanzas de Carmona.

Y ciertamente desde el punto de vista de la utilidad pecuniaria no eran equivocados los consejos del viejo pintor. Manuel en poco tiempo conquista una desahogada posición; sus cuadros se venden y su clientela aumenta; mas no está contento. Su conciencia de artista se subleva contra aquella abdicación de sus principios. Pobre y miserable en una guardilla, sería más feliz que en su lujoso estudio rodeado de comodidades. Así lo comprende su madre. Los consejos de Carmona y las exigencias de Isabel, la amada del pintor, han hecho desgraciado á su hijo. Ella lo salvará, expulsando de la casa al maestro, á Isabel y á su madre, especie de Celestina que se hace la dormida para fingir que no se entera de lo que no debe enterarse. Y así lo hace; pero su hijo, que ama á Isabel, reprocha á su madre aquel rasgo de energía. La pobre señora, herida en el corazón por la conducta del pintor, queda como anonadada, y al verla Alberto, el amigo de Manuel, dice á éste señalándole á su madre: «Mira, ahí tienes el cuadro que debes pintar;» y él, cuya inspiración se despierta á la vista de su madre desolada, comienza á trazar su figura, mientras el telón desciende lentamente.

El drama termina en el mismo lugar en que empezó. Manuel vuelve triunfador á su pueblo; la gente le aclama; pero cuando está saboreando los halagos del triunfo, su madre expira en sus brazos. Ha cumplido su misión: es el árbol ya seco que ha dado su fruto; el pedazo de tierra que ha producido su flor.

\*\*\*

El drama de Rusiñol obtuvo un éxito brillante, y sin embargo, el público no acude á verlo. ¿Por qué? Lo ignoro. Consigno el hecho y dejo al lector el comentario.

No es difícil señalar en este drama algunos defectos. Es el principal, en mi sentir, la inconsistencia del carácter de Manuel. Un joven á quien vemos con tantos bríos en el primer acto, ¿cómo y por qué cede tan pronto á extrañas sugerencias en los dos actos siguientes? Poca fe tiene en sus ideales quien se rinde al primer obstáculo. Por otra parte, ¿en qué se traiciona á sí mismo un artista porque, como auxilio necesario para su vida, transija con las exigencias del mercado? Para el público se pinta, se escribe, se esculpe, y en toda obra de arte el público es un elemento que ningún artista debe desatender. Además el artista, aunque quiera, no puede, en rigor, desna-

turalizarse á sí mismo. Un pintor no tiene dos modos de pintar, ni un escritor dos modos de escribir. Quiere ó no quiera, su personalidad, si es que la tiene, se reflejará en sus obras. La frase de Lope de Vega, tantas veces repetida, es una paradoja. Lope no componía sus dramas de una manera determinada porque se los pagase el vulgo, sino porque le era imposible escribir de otro modo.

Tampoco es exacto que el público sea sistemáticamente hostil á lo moderno. Sus resistencias ceden pronto cuando lo moderno es bueno. Todas las evoluciones artísticas han tenido su más firme apoyo en la opinión vulgar. El mismo Manuel, en el drama de Rusiñol, triunfa definitivamente pintando el cuadro más suyo, más personal, aquel para el cual le sirvió de modelo su madre dolorida. De lo que debía quejarse Manuel no es de la hostilidad de la crítica ni de las exigencias de los compradores, sino de sus vacilaciones, que sólo desaparecen cuando encuentra un verdadero motivo de inspiración.

En cambio, el autor de *La madre* ha logrado reflejar en la figura de Rosa toda la ternura que por sus hijos atesoran las entrañas maternas. Nada hay en la tierra más santo ni más puro que el amor de las madres; ningún otro amor, por avasallador y violento que parezca, puede equipararse con ese otro amor que se compone de desinterés, de abnegación, de sacrificio. En su drama, Rusiñol exalta ese noble sentimiento y logra comunicar al público intensa emoción, que se traduce en lágrimas. Entre el arte que deprime y el arte que ennoblece, entre el que nos muestra la miseria del alma humana y el que nos hace contemplar sus virtudes, la elección no es dudosa. La elevada tendencia de *La madre* y los nobles sentimientos que sugiere, nos hacen olvidar sus defectos.

\*\*\*

Más artificiosa que artística es la trama del drama *Los ojos de los muertos*, estrenado también con buen éxito en el teatro de la Princesa. Tiene por origen el drama un suicidio y con otro suicidio termina. Entre estos lúgubres polos se mueve la acción de la obra, sombría, angustiosa y que parece más bien hija de la imaginación brumosa de un hombre del Norte, que de la fantasía de un escritor español.

Una mujer culpable, cuyo cómplice, lleno de remordimientos, se ha quitado la vida, pugna durante todo el drama por ocultar su falta. Nadie revela el fatal secreto; ella misma es la que, cediendo á la voz de la conciencia, muestra al cabo, en sus ojos sin luz, cegados por la muerte, la prueba de su culpa.

Aunque artificioso y sombrío, este drama cautivó al público merced á la potencia intelectual de Benavente.

\*\*\*

Menos afortunados que en la Princesa han sido los comienzos de la temporada en los teatros de la Comedia y el Español. El «clásico coliseo» inauguró la serie de sus estrenos con una obra titulada *El príncipe sin nombre* y la concurrencia no quiso saber siquiera el del autor. Esto no obstante, sin la peripécia final, que es una lamentable equivocación, la obra hubiera alcanzado lo que los franceses llaman un *suces d'estime*.

En la Comedia se han estrenado dos *vaudevilles*, traducidos el uno del francés, *La incógnita*, y del inglés el otro, *El gobernador de Amalandia*. Ninguno de los dos ha logrado vencer la indiferencia del público, que sigue alejado de aquel teatro.

En cambio, el de Lara está ahora como en sus mejores tiempos. Linares Astray, cuyas condiciones de autor se hallan en perfecta armonía con los gustos de los habituales concurrentes á la famosa bombonera, ha logrado reverdecir sus triunfos, no ha mucho conquistados con *Bodas de plata*, con los alcanzados en la representación de *Nido de águilas*, comedia en dos actos que tiene ciertas reminiscencias con *El abolenjo*, del mismo autor.

Y citando *El señorito*, obra de escritor desconocido, estrenada con aplauso en el Cómico, y *El primo Román*, original de Benavente y que pasó á duras penas en el Gran Teatro, queda hecha la reseña del movimiento teatral en el mes de noviembre.

Anuncio de obras nuevas los hay en todos los teatros, y como éstos son muchos y el público que asiste á ellos no muy numeroso, es de suponer que la competencia entre unos y otros ha de ser muy reñida. Ello dirá.

Por de pronto, de la cantidad no podemos quejarnos; lo que hace falta es que la calidad esté en armonía con el número.

En esto, como en todo, más vale poco y bueno, que mucho y malo.

ZEDA.



EL VIVO RETRATO



Y con un nuevo apretón de manos y una mirada capaz de poner al rojo blanco la región de las nieves perpetuas, nos despedimos

¿Que si nos queríamos? ¡Ya lo creo! Nos queríamos de esa manera ideal que sólo se quiere una vez en la vida; con el fuego y entusiasmo propios de los primeros amores, como indudablemente se quisieron Abelardo y Eloísa, París y Elena, Chactas y Atala, Pablo y Virginia, y demás amantes que han merecido el honor de pasar á la Historia.

Ella era una muchacha de quince primaveras, bonita como por regla general lo son todas las mujeres á esa edad, y rubia por añadidura, circunstancia que la hacía ser dos veces bonita.

Y yo era un mozalbete de diez y siete años, de lo más atrevido, fogoso y enamorado que se ha visto.

Nuestros amores marchaban viento en popa; ni una nube empañaba el diáfano cielo de nuestro cariño; ni un obstáculo surgía á nuestro paso, y tal vez hubieran acabado con una bendición que los santificase, pues á los diez y siete años todo hombre se siente con bríos y arrestos para dar tan gravísimo paso, sin duda porque desconoce los infinitos peligros de que está erizado el matrimonio.

Ella, por las mismas causas, estaba dispuesta á secundar mis descabellados propósitos matrimoniales. ¡Cosas de la edad!

Pero el caso fué que un día recibí por el correo interior una carta, cuyo contenido decía así:

«Querido mío: La fatalidad me obliga á dar por terminadas nuestras relaciones. Olvidame y perdona lo mucho que indudablemente te haré sufrir con esta inesperada resolución. Adiós.—*Matilde.*»

La lectura de esta lacónica misiva me anonadó, porque en mi inocencia no acertaba á explicarme que una mujer pudiese faltar de tal modo á tantos y tan reiterados juramentos.

¿Y qué razón había para cambio tan repentino?

Ninguna, ni falta que hacía; pues como dijo nuestro gran humorista.

«Para obrar sin razón siempre hay razones.»

Ante aquella inesperada cuanto terrible catástrofe amorosa, pensé en el suicidio, que es en lo primero que piensa cualquier hombre en circunstancias análogas; pero reflexionando con más calma, desistí de tan radical resolución, dejando el suicidio para momento más oportuno, y procurando consolarme de aquel descalabro.

Han transcurrido diez y ocho años. Durante este tiempo conseguí que se extinguiese por completo el recuerdo de aquel malogrado amor.

Sin embargo, alguna que otra vez el recuerdo de aquella pasión acudía á mi memoria, exteriorizándose por medio de hondos y lánguidos suspiros.

Un día, y cuando yo ya no me acordaba ni del santo del nombre de Matilde, la encontré en una de las calles más céntricas de Madrid.

Mi ex novia estaba espléndidamente hermosa, más hermosa que nunca. Además vestía de luto, y esta circunstancia añadía un encanto más á su belleza.

Una mujer rubia siempre es un peligro para la integridad de cualquier corazón enamorado, y si está vestida de negro el peligro se centuplica.

Ella, al verme, se sobrecogió de un modo harto sensible, y yo, ¿para qué negarlo?, sentí que en mi corazón reverdecían de pronto los siempre gratos recuerdos de los primeros amores.

Ambos quedamos mirándonos de hito en hito, y así hubiéramos continuado hasta la consumación de los siglos si ella, más resuelta que yo, no hubiese roto resueltamente aquel silencio que ya comenzaba á hacerse embarazoso para ambos.

Y después de los saludos y cumplimientos propios de la circunstancia, y de un apretón de manos, que fué un poema por lo expresivo, me dijo Matilde:

—Ya que la casualidad nos ha reunido, deseo que hablemos... Tengo tanto que contarte... Han pasado tantas cosas... En fin..., ¿te has casado?

—No, le contesté.

—¿De modo que me has sido fiel?

—No lo merecías; pero...

—Mira, replicó ella sonriendo graciosamente, no es cosa de que inauguramos en medio de la calle la serie de recriminaciones. Aquí tienes mis señas, agregó dándome su tarjeta; ve á mi casa... Te espero mañana á las once... ¿Irás?

—¡Iré!, contesté con resolución.

Y con un nuevo apretón de manos y una mirada capaz de poner al rojo blanco la región de las nieves perpetuas, nos despedimos.

No necesito decirte, ¡oh discreto lector!, la impaciencia con que aguardé la llegada del siguiente día,

pues el que más y el que menos se habrá visto en situaciones análogas ó parecidas. Aquella noche, como en mis buenos y ya lejanos tiempos de enamorado, no pude conciliar el sueño.

La perspectiva de una entrevista con una mujer hermosa siempre es motivo de desvelo. Y si esta mujer es precisamente aquella que nos hizo despertar del dulce y candoroso sueño de la inocencia, el desvelo es mucho mayor.

Porque ¡tantas cosas podrían salir de aquella entrevista!

Pasó la noche. Amaneció. Aquella mañana me vestí y acicalé con más esmero que de ordinario. Las circunstancias se imponían.

A las diez de la mañana salí de mi casa, dirigiéndome precipitadamente á la de Matilde.

Apenas le anunciaron mi visita, me hizo pasar á un elegante y coquetón gabinete tapizado de azul, el color favorito de las rubias, donde ella me esperaba con tanta impaciencia como la que yo sentía en aquel emocionante momento de mi vida.

—Aquí me tienes, dije tomando asiento á su lado.

—Te agradezco mucho la visita... Ya sabía yo que no faltarías...

—Mucho decir es, le contesté acentuando con fuerza la frase.

—He deseado vivamente esta entrevista para darte, aunque tarde, una explicación de mi conducta.

—Explicación que no pido, porque tanto como tú sabemos que con ello no se ha de remediar lo irremediable.

—Sin embargo, deseo dártela.

—Si es tu gusto...

—Sí... Has de saber que mi madre (q. s. g. h.) tenía concertado secretamente mi matrimonio con el hijo de un opulento banquero con el cual me obligó á casarme, violando los impulsos de mi corazón. Seis años más tarde murió, quedando dueña de cuantiosa renta y con una niña, á la cual te voy á presentar ahora mismo, si tú me lo permites.

—¡Cómo no!

Matilde hizo sonar un timbre eléctrico y seguidamente se presentó un criado, al que dijo:

—Diga usted á la señorita Luisa que venga.

Un momento después alzóse el elegante portier

que ocultaba la puerta del gabinete y confieso ingenuamente que no pude contener una exclamación de asombro, creyéndome presa de un sueño.

Porque ante mis ojos apareció no Luisa, sino Matilde, la propia Matilde, en la risueña y dichosa época de nuestros primeros amores... Era su vivo retrato; tenía su misma edad, su misma sonrisa, sus mismos ojos, la misma gallardía en su talle, la misma pureza de líneas...

Matilde, á quien no se ocultó mi asombro, me preguntó con su orgullo tan natural y propio de las madres:

—¿Qué te parece?

—¡Preciosa! ¡Divina! ¡Ideal! ¡Si eres tú misma, si es tu vivo retrato!

Luisa bajó los ojos pudorosamente, avergonzada sin duda de tantos y tan entusiasmados elogios.

\* \* \*

Creo inútil decir á ustedes que la niña me gustó tanto ó más de lo que me había gustado la madre diez y ocho años antes, y que mis visitas á su casa eran cada vez más frecuentes y cada día más largas.

Ambas me recibían siempre con ostensibles muestras de afecto, y esto me alentaba á emprender la conquista de la encantadora niña, para quien el objeto de mis asiduidades había dejado de ser un misterio.

Y así fueron transcurriendo días y meses, hasta que llegó un día en que me dijo Matilde:

—Tenemos que hablar de cosas serias.

—Estoy á tus órdenes, le contesté un tanto alarmado, creyendo que ella había dado con la clave de mis propósitos.

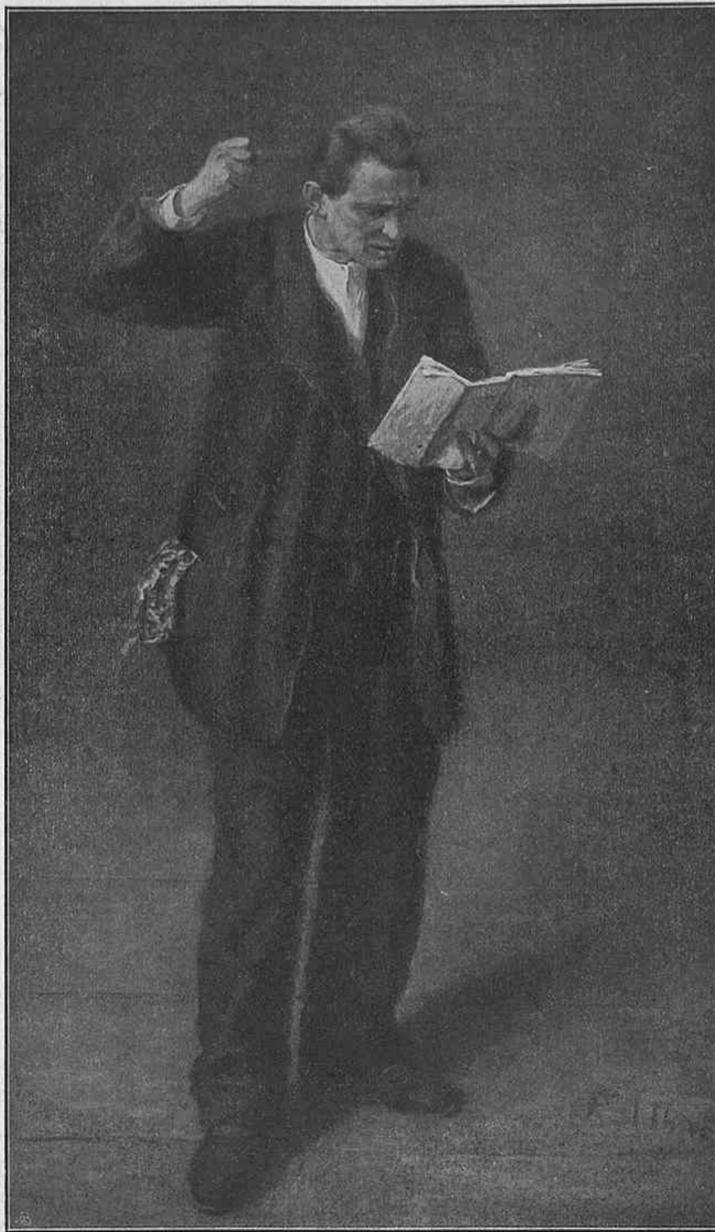
—Reconozco, continuó Matilde, que he sido una ingrata contigo, que te he hecho sufrir mucho, que agosté en flor tus más risueñas esperanzas...

—No sé dónde vas á parar.

—No me interrumpas. He adivinado ó he creído adivinar el motivo de tus constantes visitas á esta casa.

—¡Eh!..., exclamé poniéndome rojo como una amapola. ¿Luego tú?..

—Sí; lo sé todo, ó mejor dicho, lo adivino todo.



El actor, cuadro de Federico de Uhde  
(Copyright by Photographische Gesellschaft Berlín.)

—De manera...

—Que estoy dispuesta á resarcirte con creces de

las pasadas amargas, á darte el desquite de lo mucho que has sufrido por mí...

—¿Luego tú no opones?

—¡De ningún modo!

—¿De modo... que estás dispuesta á ser mi suegra?

—¡Eh!.. ¿Cómo?.. ¿Qué has dicho?, me preguntó Matilde poniéndose densamente pálida. Pero ¿tú por quién venías aquí? ¿Por mí ó por mi hija? ¿Por mi hija!.. ¡Por ella!, exclamó con acento de infinita amargura al recibir aquel rudísimo golpe, que si bien era más que suficiente para satisfacer su amor de madre, hería la fibra más sensible de su amor propio, y cayó desvanecida sobre una butaca.

...  
Cuando una hora más tarde Matilde tornó á la vida, y cerciorado de que el mal había sido pasajero, abandoné aquella casa, á la que no volví jamás...

MANUEL SORIANO.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

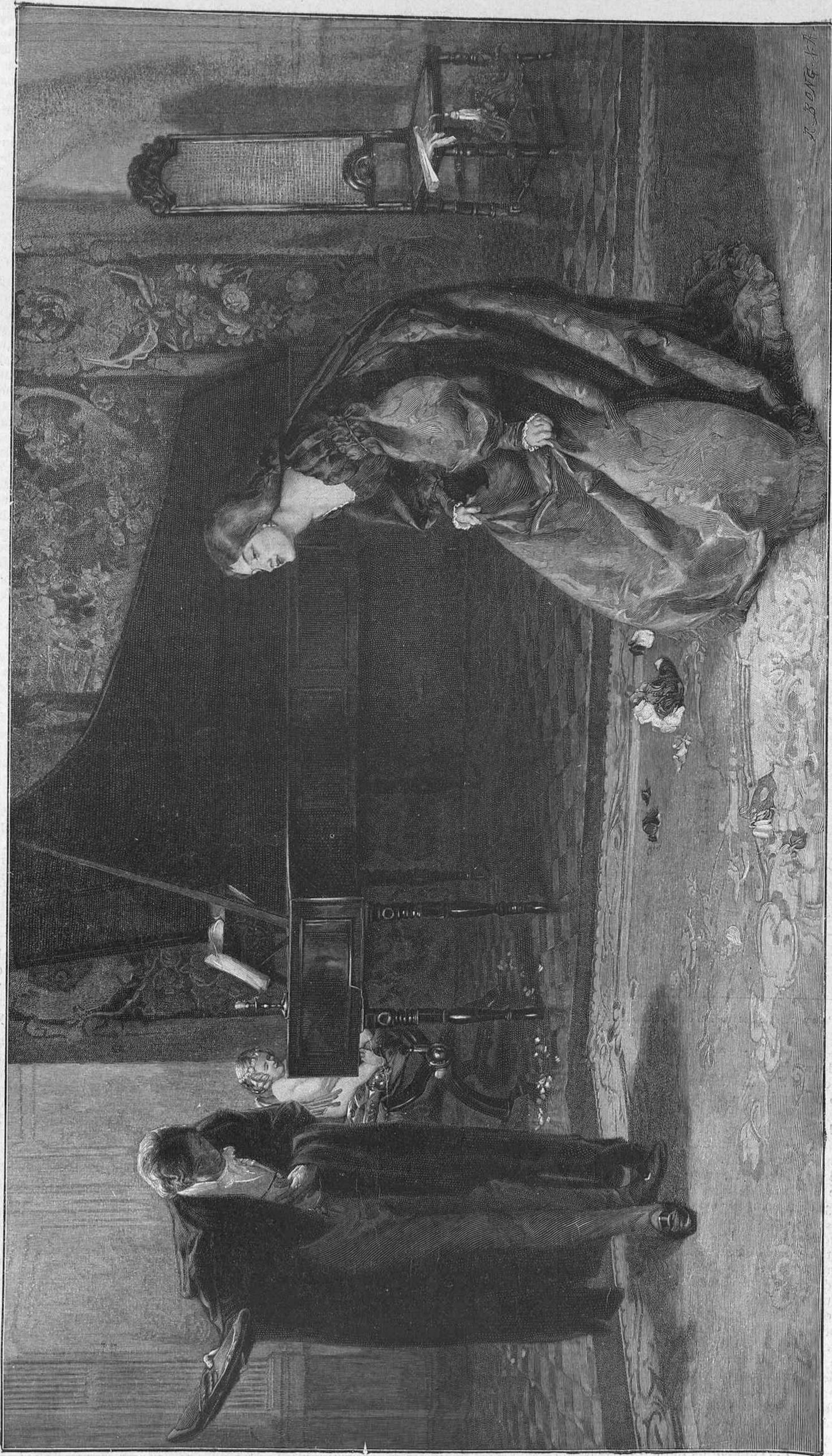
## EL ACTOR.—CANCIÓN PICARESCA

CUADROS DE FEDERICO DE UHDE

El segundo de estos dos cuadros pertenece á la primera época de Uhde, puesto que lo pintó en 1880 en París, cuando trabajaba en el taller de Munkaczy; el otro data de 1893 y en él aparece ya en toda su potencia el eximio artista que muy pronto había de conquistarse uno de los primeros puestos en el arte pictórico alemán. En *El actor* ha desaparecido ya la frivolidad de *Canción picaresca* y en cambio se han acentuado y vigorizado el dominio del dibujo, de la expresión y de la técnica del colorido; desde entonces Uhde entra definitivamente en la hermosa senda del gran arte, aquella senda que ha de conducirle á la gloria y en cuyas sucesivas etapas ha ido produciendo joyas como *La Ascensión*, *La anunciación á los pastores*, *La Cena*, *Amparo de los caminantes*, *Los jóvenes de Emaús* y otras no menos notables.—P.



Canción picaresca, cuadro de Federico de Uhde



ROMANZA SIN PALABRAS, cuadro de J. I. Hunder

J. I. Hunder  
ROMANZA SIN PALABRAS  
cuadro de J. I. Hunder

## EL PROYECTO DE IRRIGACION DEL CANADA, POR FEDERICO A. TALBOT

Una de las empresas más gigantescas emprendidas en el mundo, que ha de ejercer una influencia incalculable sobre la industria agrícola, es la de la irrigación de una grande extensión de terreno situada en el inmenso y fértil Noroeste del Canadá. A medida que el ferrocarril canadiense del Pacífico iba, lenta, pero irresistiblemente, cruzando el continente norteamericano para poner en comunicación las costas del Atlántico con las del Pacífico, los primeros colonos que fueron estableciéndose en pos de él se sintieron atraídos por la fertilidad de aquellas inmensas llanuras de la provincia de Alberta. Se vió que el país se prestaba admirablemente para la crianza de ganado, y durante algún tiempo esa fué la industria principal de la provincia. Después de algunos años, sin embargo, se hizo patente que un porvenir mucho mejor aguardaba á aquel territorio, cultivando los cereales, lo que ha quedado luego confirmado, pues el trigo de Alberta tiene ya fama

á fin de determinar el origen y volumen de la cantidad de agua que pudiera aprovecharse para el riego,

Se vió que una grande extensión de terreno, situada al Este de Calgary, capital de Alberta, podía regarse con las aguas del río Bow, y la compañía del ferrocarril canadiense del Pacífico se ha encargado de la ejecución de las obras, para las que ha destinado un millón de libras esterlinas. El territorio que va así á ser beneficiado, mide unas 150 millas de largo por 40 de ancho por término medio, representando un total de tres millones de acres, divididos en tres secciones, que comprenden una despejada llanura con elevación, por lo regular, de 3.400 pies sobre el nivel del mar en su parte occidental, descendiendo ésta rápidamente hasta llegar á 2.300 en su límite oriental.

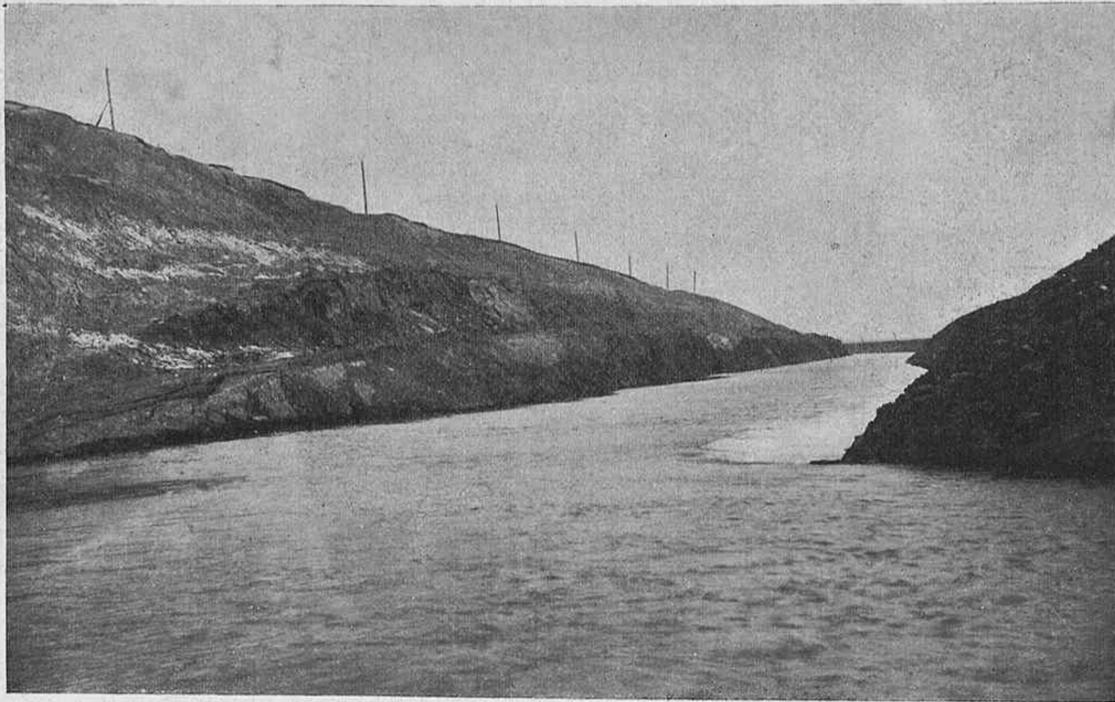
Los reconocimientos preliminares hasta ahora hechos, demuestran que 1.500.000 acres aproximadamente, una mitad del total, podrán con el tiempo ser regados; pero los

trabajos se han emprendido por secciones y la occidental ha sido donde se han principiado, sin que se pase á las otras hasta que en ésta hayan quedado por completo terminados; ya hay 110.000 acres en disposición de ser cultivados.

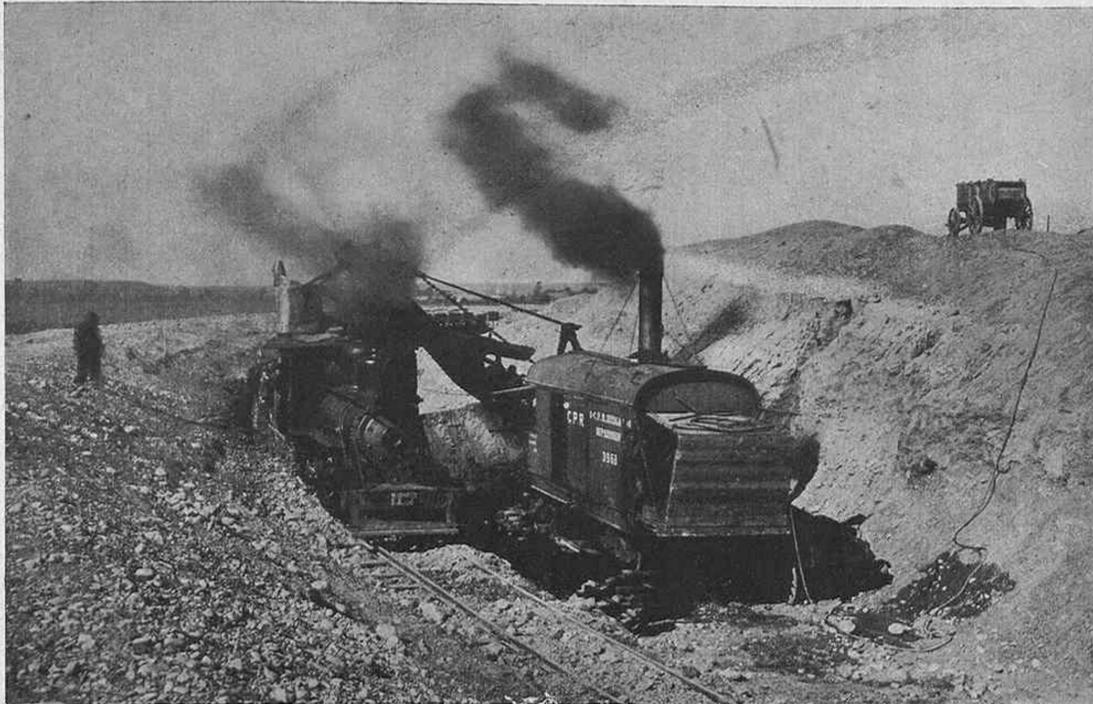
El agua se toma dos millas más abajo de Calgary y desde allí, por un canal principal, se lleva á una distancia de 17 millas, donde entra en el depósito número 1. Este canal es de grandes proporciones, mide 60 pies de anchura en el fondo por 120 á la altura del nivel del agua, que tiene, como mínimo, 10 pies de profundidad.

En la boca del valle se ha construído una presa para contener el agua, que forma un lago de 3 millas de largo por  $\frac{1}{2}$  de ancho, del que parten tres canales secundarios, que entre todos miden 150 millas. De estos canales, el agua es llevada y distribuída á cada una de las parcelas de irrigación en que está dividida cada sección, por medio de acequias, de unas 800 millas de longitud total. A este total hay que agregar otros cuantos centenares de millas por las pequeñas zanjales laterales de distribución, abiertas por los labradores para el riego de sus respectivas tierras y predios.

Los canales de distribución llegan hasta los límites de cada propiedad y el propietario ha de buscar por sí la manera de repartir en ella el agua. Es costumbre general llevar la acequia ó canal secundario hasta cierto punto próximo al área que ha de ser regada y dejar á los cultivadores que se reúnan y pongan de acuerdo para construir y conservar las



Vista del canal principal, dos millas más abajo de su arranque



Pala y tren de excavación extrayendo tierra y guijarros de una trinchera del canal principal

universal. En tales condiciones, no tardaron mucho los experimentados y ricos agricultores de los territorios del Norte de los Estados Unidos en atravesar la frontera, junto con emigrantes de todas las naciones del globo.

Pero como si la Naturaleza no hubiera prodigado bastante sus dones á esa afortunada provincia, la ciencia del ingeniero ha sido invocada para añadir otras ventajas á las ya existentes, paso que se dió á consecuencia de una serie de años de sequía, que comenzó en 1893. Para combatir este mal, los colonos fijaron su atención en el modo de asegurar sus cosechas por medio del riego. Los primeros experimentos se limitaron á construir zanjales para regar pequeñas extensiones de terreno en los valles, y dieron tan buen resultado, que el gobierno tomó á su cargo la formación de un proyecto más grandioso para llevar á cabo esta obra y favorecer la producción. El parlamento canadiense sancionó una ley muy minuciosa para el aprovechamiento de aguas para riegos, ley que se hace cumplir muy estrictamente y cuya bondad queda demostrada por el hecho de que durante estos últimos diez años, á pesar de que se han abierto 800 millas de canales y zanjales para riegos, no ha ocurrido ni un solo pleito ante los tribunales por tal motivo.

Cuando se promovió la cuestión de llevar á efecto la irrigación científica y completa de la provincia de Alberta, se practicaron complicados reconocimientos



Elevación de los declives del canal principal por medio del vapor

zanjas de distribución, que han de llevar las aguas de dichos canales hasta sus fincas por cuenta suya. Las primeras preguntas que se hace al que piensa dedicarse al cultivo de un terreno, que depende, en



El rey D. Carlos de Portugal

gran parte, de la irrigación artificial para ser fructífero, son muy obvias. «¿Cómo he de tener la seguridad de que no me ha de faltar el agua y de la validez de mi derecho á tenerla? La red de canales, así respecto á su distribución como á su construcción, ¿está bien ideada y debidamente construída? ¿Queda reducida al mínimo la probabilidad de que falte el agua en un momento crítico? ¿Es la tarifa que se exige para su conservación razonable y exenta de onerosos aumentos en los años sucesivos?» El buen éxito del futuro agricultor depende principalmente de que á esas preguntas pueda dar contestación satisfactoria.

Con respecto á las dos primeras, podemos manifestar que las obras se han llevado á cabo siguiendo un plan científico y acertado. Los terraplenes se han limpiado escrupulosamente de toda la tierra superficial que con tanta facilidad cede á cualquiera presión extraordinaria ó filtración, y además han sido cuidadosamente revestidos de tal modo, que el canal está considerado como uno de los más sólida y compactamente construídos de que hace mención la historia de la ingeniería de irrigación. La misma habilidad y cuidado se ha tenido en proyectar y construir las compuertas y otras obras, así del canal principal como de los secundarios. La posibilidad de que faltara el agua por accidentes, hundimientos causados por la corriente ó por haber puestos más débiles que otros, ha quedado reducida á la menor proporción posible á que puede llegar el ingenio y el trabajo del hombre.

Por lo que respecta al coste de entretenimiento y á que haya siempre existencia de agua, el terreno se vende garantizando la compañía del ferrocarril canadiense del Pacífico que mantendrá en perfecto estado el canal principal, los secundarios y las zanjaz de distribución.

La ley fija el precio del agua, que es de dos chelines por acre, y determina además la época del riego, que es desde 1.º de mayo á 1.º de octubre de cada año; y por consiguiente el labrador, cuando toma posesión de su terreno, sabe con toda exactitud hasta dónde llegan sus derechos y responsabilidades por lo que respecta á la provisión de agua, cuya concesión le ha sido acordada de una manera irrevocable, sin que de ella se le pueda despojar por ningún concepto.

Para enseñar á los nuevos agricultores la manera mejor y más ventajosa de regar sus tierras, la compañía tiene cierto número de peritos en la materia que les ayudan y enseñan gratuitamente hasta que ya se han hecho cargo perfectamente de lo que tienen que hacer para aprovechar el agua.

LA CRISIS PORTUGUESA

Desde el mes de mayo último, impera en Portugal un régimen de excepción. Cerrado indefinidamente el Parlamento, amordazada y sometida á leyes severísimas la prensa, imposibilitados los hombres públicos de dirigirse al pueblo para protestar de un estado de cosas que parece imposible en un pueblo culto y



El dictador Juan Franco

en pleno siglo xx, no hay allí más autoridad ni más poder que la dictadura conferida por el rey D. Carlos á D. Juan Franco, el fundador del llamado partido regenerador liberal.

Creyóse en un principio que tal situación no po-

dría prolongarse; hubo protestas enérgicas, manifestaciones tumultuosas, en las que corrió la sangre del pueblo, pero la violencia acabó por imponer el orden, y las esperanzas que muchos acariciaban de que



El principe heredero Luis Felipe

pronto se restablecería la normalidad constitucional, se han desvanecido no sólo ante la persistencia de las medidas represivas, sino también en vista de las declaraciones del monarca portugués, hechas á un redactor del importante diario francés *Le Temps*, en una *interview* que ha sido muy comentada en todo el mundo.

He aquí algunas de esas declaraciones:

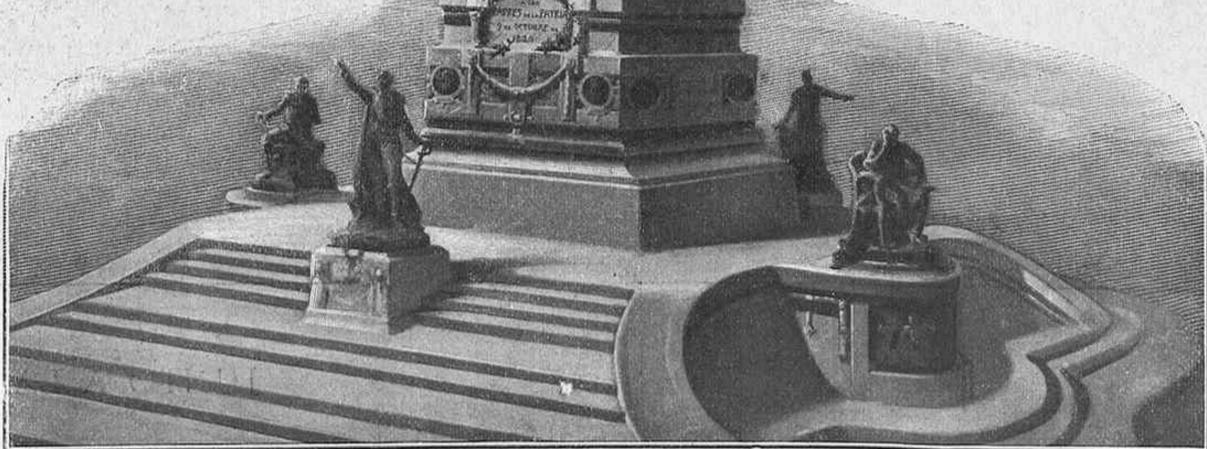
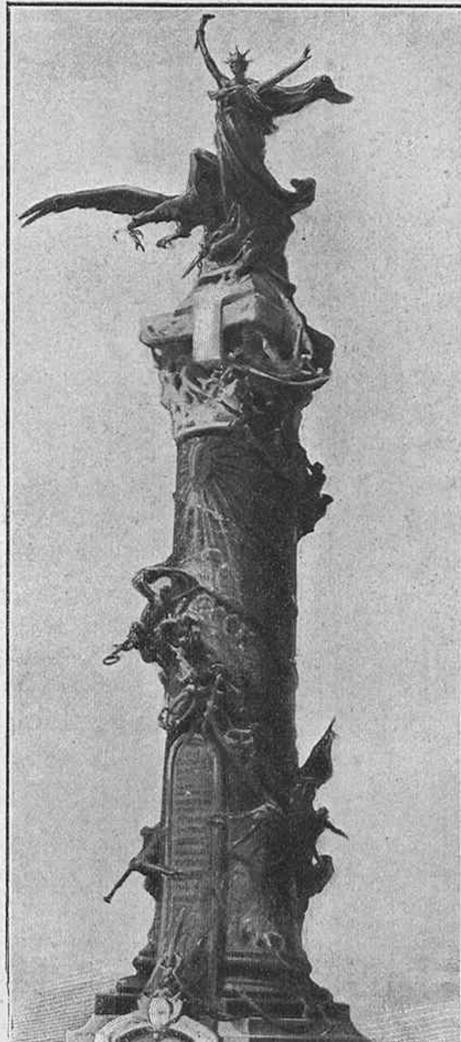
«En los últimos tiempos de la legislatura, la situación se había hecho imposible y era preciso poner término á aquel embrollo, que no podía prolongarse porque, de lo contrario, quién sabe adonde habríamos ido á parar. Entonces di al Sr. Franco los medios de gobernar. Háblase de su dictadura, pero los demás partidos, los que más gritan, también me habían pedido la dictadura; para concederla, exigía yo garantías de carácter; necesitaba una voluntad enérgica para que mis ideas prosperasen. El Sr. Franco ha sido el hombre que yo deseaba; hace tiempo que tenía mis ojos puestos en él, y en el momento oportuno lo he llamado. Lo que constituye su fuerza es que tiene fe en él, en su estrella, y en las horas de crisis esa confianza es un auxiliar poderoso; su inteligencia iguala á su voluntad y es más inteligente de lo que se cree.

»Estamos de acuerdo, enteramente de acuerdo; trabajamos juntos y tiene toda mi confianza. Contra lo que muchos suponen, pienso sostenerle en su puesto, porque estoy muy contento de él. Todo va bien, y esta situación durará; es preciso que dure, en interés del país. Haremos las elecciones, cuando llegue la ocasión conveniente, sin hacer caso de las excitaciones y de las intimaciones que se nos hacen. Seguramente tendremos mayoría, pues el país aprobará la conducta del Sr. Franco; restableceremos el equilibrio del presupuesto y enjugaremos el déficit.»

Después de decir que no es de temer la revolución, porque sabe que puede contar con la lealtad y la abnegación del ejército, añadió:

«Conozco mi país, y conozco mi tablero electoral. Portugal necesita tranquilidad; trabaja y pide que el orden y la paz sean garantidos. Como voy por todas partes, sé que mi pueblo está conmigo. Cuando las elecciones nos hayan traído una fuerte mayoría y se haya restablecido la normalidad, ya no tendrá razón de ser el remedio extraordinario que he creído indispensable aplicar á una situación extraordinaria, pues ni por un momento he olvidado cuáles son mis deberes para con mi corona y mi querida patria.»

De modo que, si no sobrevienen sucesos imprevistos, que bien pudieran ocurrir dada la agitación del país, hay dictadura para tiempo en Portugal.



Proyecto del monumento dedicado á la memoria de los «Padres de la Patria» (9 de octubre de 1820),

premiado por el Gobierno de la República del Ecuador. Obra del distinguido escultor Agustín Querol



JUNTO A LA FUENTE, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE G. MUZZIOLI, GRABADO POR RICARDO BONG

LA TERCERA DUMA RUSA

(Véanse los grabados de la página 793)

Después del fracaso de las dos primeras dumas, parece que la tercera está llamada á vivir más tiempo que las anteriores...

El partido predominante en esa tercera дума, es el de los octubristas, así llamados porque su programa es el que definió el manifiesto imperial de 17 de octubre...

tal, que no parece que el cuadro sea imaginado, sino realmente vivido.

Medallones retratos de Eduardo VII de Inglaterra y de Francisco José de Austria, por Gustavo Gurschner.



Medallón retrato del rey Eduardo VII de Inglaterra, por Gustavo Gurschner



Medallón retrato de Francisco José de Austria, por Gustavo Gurschner

La inauguración del Liceo con La Walkiria, ha sido un verdadero acontecimiento. Las Sras. Kaffal y Passini-Vitale y los Sres. Vaccari y Kaschman han cantado y representado la hermosa obra de Wagner admirablemente...

En Romea, el Teatre Intim, que con tanto acierto dirige el Sr. Gual, dará una serie de cuatro representaciones de obras del teatro moderno extranjero, vertidas al catalán. En la primera (teatro francés é inglés), se representarán: Baratería, drama en dos actos...

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 797, 800, 801 y 802.)

Romanza sin palabras, cuadro de J. Y. Hunter. - Un pensamiento delicado expresado en forma elegante, sencilla, he aquí la impresión que este lienzo nos produce.

Junto á la fuente, cuadro de G. Muzzioli. - El malogrado pintor italiano, que muy joven aún, era ya miembro de las importantes academias de Módena y de Turín...

morar la entrevista que hace dos años celebraron en Marienbad los soberanos inglés y austriaco, decidieron los habitantes de aquella población, tan celebrada por sus aguas medicinales...

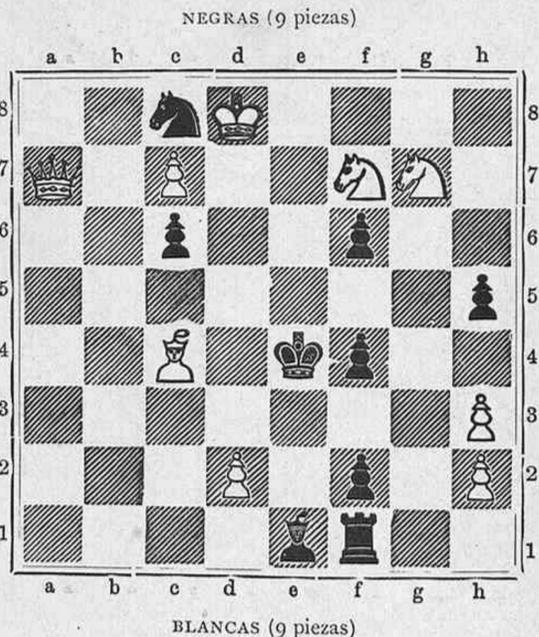
Banco monumental, obra de Carlos Kiefer. - En la última exposición de bellas artes de Munich llamó con justicia la atención esa obra, en cuya composición y ejecución ha hecho gala su autor de un gusto depurado y de un sentimiento altamente artístico.

Necrología.

Han fallecido: José Engl, dibujante y escultor alemán, uno de los primeros y principales del notable periódico Simplicissimus. Ernesto Blum, autor dramático francés. Carlos Costa, popular poeta y autor dramático austriaco. Adolfo Furtwangler, notable arqueólogo muniquense...

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 482, POR V. MARÍN



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 481, POR V. MARÍN

- Blancas: 1. Df8-e8, 2. De8xb5 jaque, 3. C mate. Negras: 1. Re4-d5, d3 ó e5, 2. R juega, 1. Re4-f5 ó f3, 2. R juega, 3. C mate.

VARIANTE

1..... Otra jugada; 2. De8-c6 jaque, etc.

BOUQUET FARNESE VIOLET 29, Rue des Italiens.

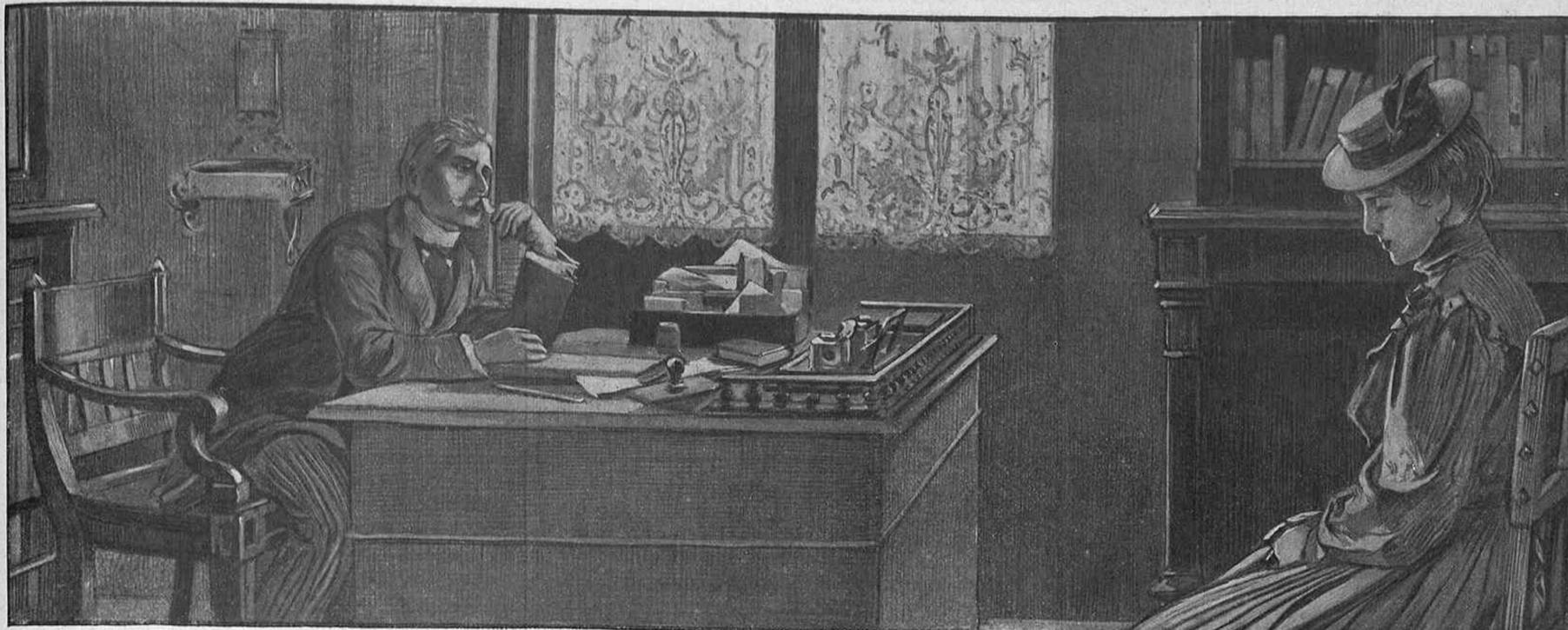


Banco monumental, obra de Carlos Kiefer. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Munich. 1907.)

su esplendor y de su poderío. Los funerales del Británico, La fiesta de las flores, Coloquio amoroso, En el templo de Baco, Idilio pastoril y otros cuadros de este género son otras tantas manifestaciones del talento del artista...

MISCELÁNEA

Espectáculos. - BARCELONA. - Se han estrenado con buen éxito: en el Principal La festa dels angels, esbozo dramático en un acto, de J. Marxuac, y T'estimo, opereta en dos actos, letra de Luis Puiggarí, música de A. Esquerrá...



La joven permaneció silenciosa un momento...

## LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON. — ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

—¡Magnífica idea!, exclamó Walton. Aprecio tu indicación en lo que vale; y ahora, acaba de complacerme, preparando mi maleta. No puedo marchar ya en el tren de las cuatro, pero aprovecharé el último, y así me será posible hacer una visita al Sr. Lewis antes de comer.

—¿Cuándo volverás?

—Me parece que dentro de una semana.

—Entonces invitaré á Alicia á pasar un mes con nosotras...

—Como quieras; mas creo que sería mejor esperar hasta que yo haya regresado. De todos modos, no conviene decir por qué la invitas, por si acaso no se pudiera arreglar nada.

—Pues si no te casases con esa joven, serías un tonto.

—Los más de los hombres lo son en asuntos de esta especie, y yo siento contarme en el número, mas no puedo remediarlo.

—Yo no la preguntaré nada, á menos de que pienses formalmente sobre mi proposición, porque esto la disgustaría.

—Pues no la disgustes; y si te parece, pongamos término aquí á la conferencia.

Elisa perdía la esperanza de conseguir su objeto, y su rostro se anubló.

—Esta es mi última palabra, Tomás, dijo; incurrirás en un grave error si te casas con la señorita Holt, un error que nos hará padecer, y á ti también... Yo creo que debes alguna consideración á tu madre y á tus hermanas.

—Si, repuso, os debo esa consideración; pero reclamo para mí la libertad de casarme con la mujer que en mi opinión podrá hacerme feliz.

—Pero ¿y si te casas con una mujer que te conduzca á mayores apuros, que naturalmente nos afectarían á nosotras?

—Entonces, todos caeremos; pero lo mejor será no anticipar las cosas. Ahora debo marcharme cuanto antes para hacer mi visita al Sr. Montague.

A nadie le gusta ver desbaratados sus planes, y como el de Elisa tenía á sus ojos la mayor importancia, quedó muy disgustada del resultado de la conferencia. Proponíase ante todo alejar á su hermano de una mujer á quien ella odiaba, é inducirle á casarse con otra que era querida de toda la familia, sin contar que disfrutaba de una renta de cuatro mil duros anuales. La resistencia de Tomás despertó de nuevo su irritación, y salió de la estancia sin decirle una palabra más.

Para asegurar el resultado había pedido antes auxilio á Sara, quien la proporcionó copia de una carta de su padre, explicando la situación de Susana; y provista de este documento, Elisa creyó asegurado su triunfo; pero calculó equivocadamente, creyendo

que Tomás hacía la corte á la señorita Holt tan sólo por su fortuna. Al ver que su hermano persistía en tomarla por esposa aunque fuese pobre, su asombro fué indecible, mas no desistió de su propósito. Pocos días después, sin embargo, hubo de renunciar, pues recibió una invitación de la señorita Harwood anunciando su boda.

### XLII

#### EL PRÉSTAMO

—No es necesario que me espere usted aquí, pues iré á la estación á pie, dijo Walton al detenerse delante de las puertas de la casa Isabel al hombre que le acompañaba, encargado de conducir á su casa el cabriolé.

Después llamó á la puerta, y el criado, que ya le conocía, condújole á la biblioteca.

El Sr. Lewis estaba sentado, con la pierna izquierda apoyada en varios almohadones; á su alrededor veíanse varios periódicos, y junto á la pared, varias cajas de libros sin abrir.

—Me alegro ver á usted, Sr. Walton, dijo; todos los muchachos están de viaje, y hace dos días que no tengo con quién hablar; pensaba, pues, en enviarte un recado para que viniese á verme. Vamos, siéntese usted, y dígame qué le ocurre; seguramente no le aqueja la gota como á mí.

—No, pero sí algo; peor; la intranquilidad de ánimo.

—¿Se trata de una mujer ó de dinero?

—De ambas cosas.

—Mal negocio; sepamos lo que es. ¿Ha causado usted la ruina de alguna mujer, ó es ella la que ha conseguido arruinarle?

—Creo haber hecho daño á una mujer, aunque no era tal mi intención; pero es cosa que nadie me perdonaría.

—El mundo es muy tolerante con nosotros cuando pecamos; olvida y perdona con singular rapidez, y en este punto no puede ser más benéfico. Nuestros amigos son por lo regular los que tratan de mantener el resentimiento vivo contra nosotros.

—Lo que me apura más es que deseo casarme.

El Sr. Lewis trató de ahogar una exclamación.

—Sí, repuso, el matrimonio es una cosa muy seria.

—Con frecuencia me ha dicho usted, continuó Walton, que cuando me hallase en un grave apuro me ayudaría á salir de él. Por desgracia, ha llegado ese caso; necesito contraer matrimonio con la mujer á quien amo; pero antes debo pagar la suma de cinco mil duros, y quisiera que usted me los prestase.

El Sr. Montague se sobresaltó un poco; mas no por eso dejó de mostrarse bondadoso.

—¿Y con quién desea usted casarse?, preguntó.

—Con la señorita Holt, una de las arrendadoras de usted.

—¿Ha consentido ella?

—Aún no; pero estoy seguro de que accederá apenas haya cumplido la misión que acaba de confiarme y que consiste en buscar á su prima, la cual se ha ido de su casa. Debo advertir á usted que le digo esto en el seno de la confianza.

—¿Quién es la persona á quien ha de pagar usted esa cantidad?

—La prima. Puedo ofrecer á usted en garantía la casa y los campos, y me sería fácil hallar el dinero, pero no antes de una semana, y yo lo necesito en seguida. ¿Quiere usted ayudarme?

—La suma es considerable y no fácil de encontrar; pero dígame usted por qué la necesita con tal urgencia.

Walton explicó todas las circunstancias del caso, y cuando hubo concluido, el Sr. Lewis contestó tranquilamente:

—Muy bien; le daré á usted un talón para el Banco, y cuando usted vuelva arreglaremos lo de la garantía.

Walton se dirigía á la estación pocos momentos después mucho más contento de lo que esperaba, pues ahora, cuando encontrase á Sara, podría satisfacer su deuda.

### XLIII

#### EL SR. PATCHETT SE EXPLICA

Extraña sensación se produce en el ánimo cuando vemos que todos los amigos que nos rodeaban se han alejado de nosotros, dejándonos solamente un recuerdo de los días que con ellos pasamos.

Susana se encontraba poco más ó menos en una posición semejante. Al principio, la absurda conducta de su prima la hizo reír; mas apenas hubo marchado Walton, comenzó á reflexionar en su triste situación. Job había muerto, Sara huía de ella y Miguel parecía abandonarla también. Por lo que estaba viendo, Walton era el único que se mantenía fiel; habíase prestado al punto para desempeñar la misión que ella le encomendó, y persistía en su amor, á pesar de habersele dicho que era pobre.

Pero ¿cuál era la causa de todo esto?

No creía haberse conducido mal con nadie, y es-

taba decidida á no casarse con Walton, aunque ahora no le parecía ya probable su unión con Miguel, pues hallábase dispuesta á no aceptar su mano aunque se la ofreciese. En su concepto, era una crueldad no ir á verla, sabiendo, como debía saber, en qué situación se hallaba.

Después de hacer estas reflexiones, Susana subió á su cuarto rápidamente, púsose el sombrero y salió poco después para ir á casa del Sr. Patchett.

El abogado la recibió con todas las muestras de simpatía que puede dar un hombre amable, y le dijo con acento cariñoso que tenía aspecto de enferma y que, como la cosa no urgía, era mejor diferir el arreglo de los asuntos hasta que estuviese mejor.

—¡Oh! Estoy bastante bien ahora, contestó Susana con forzada sonrisa; y lo que más me molesta es la confusión en mis negocios, por lo cual desearía que me lo explicase usted todo bien. El Sr. Hazell me dijo que usted podía hacerlo, y yo quiero saber cómo es que, mientras los unos aseguran que he perdido muy poco por la quiebra del Banco, otros dicen que estoy arruinada.

—¿Será preciso decírselo á usted?, preguntó el señor Patchett recalando sus palabras y con el evidente deseo de que Susana no insistiera.

—Sí, lo deseo vivamente; quiero saber á qué atenerme con seguridad.

—Es usted joven, señorita Holt, y un poco impetuosa. ¿Quiere usted seguir mi consejo?

—No puedo prometer nada.

—Advierta usted que es consejo de abogado y de amigo. Yo quisiera que fuese usted generosa con un hombre que siempre fué buen amigo para usted y no preguntase más sobre este asunto, puesto que su fortuna está asegurada.

Al oír hablar al abogado con tanta gravedad, Susana palideció.

—Pero ¡Dios mío!, exclamó; ¿qué misterio se encierra aquí?

—Todo el misterio se reduce á la inmensa bondad de un hombre respecto á usted, y á su empeño en ocultarla.

—Sin duda se refiere usted á Miguel..., digo, al Sr. Hazell.

—Precisamente.

La joven permaneció silenciosa un momento, sonrojóse después y contestó con los labios temblorosos:

—Pues yo insisto en saberlo todo. Si el Sr. Hazell me ha dispensado alguna bondad que yo pueda aceptar, deseo conocerla para agradecerla.

—Muy bien, repuso Patchett; Hazell me dijo que la explicase todo si usted insistía; la he dado un consejo y rehúsa seguirle; de modo que lo más sencillo, para que usted conozca el estado de sus negocios, será mostrarle la minuta del último testamento de Job Hazell, aquel que se inutilizó delante de usted.

El abogado entró en el despacho de su oficial y un momento después presentóse con la primera copia del testamento.

—Léalo usted, dijo, mientras voy á dar algunas instrucciones á mis dependientes; pero cuando haya concluido su lectura, toque usted esa campanilla y volveré.

—Muchas gracias, contestó Susana con acento débil hojeando el testamento con mano temblorosa.

Las primeras páginas no contenían nada que no supiese ya; pero cuando llegó á la última cláusula en que se explicaba el estado de su fortuna y cómo se salvaba ésta, sacrificando la de Miguel, su rostro expresó el mayor asombro.

—Debo mostrarme firme, murmuró después de reflexionar un momento, y arreglar esta cuestión de una vez.

Y como si le ocurriese de pronto una idea, sacó de su bolsillo la hoja quemada del testamento, que aún conservaba, y pudo leerla por completo. Después de explicar la situación, tal como Job la diera á conocer á su hijo, la cláusula decía así:

«La citada Susana Holt perdería toda esta suma en el caso de no satisfacer los deseos de su padre, casándose con mi hijo Miguel ó algún otro, previo mi consentimiento. El depósito se hizo por dicho Matías Holt con el indicado propósito, y yo le consideré como bueno y seguro. Creo que por mi parte no hay obligación legal ó moral de reponer esa suma; pero mi hijo Miguel desea que se haga así. He consentido porque creo que Susana Holt se casará con él; si no lo hiciera así, quiero que conozca las condiciones en que se hizo el depósito, porque esto la inducirá á mostrarse equitativa respecto á mi hijo Miguel, haciéndole justicia como su conciencia se lo dicte.»

Susana no comprendió bien al pronto el sentido de esto, y hubo de leer la cláusula muchas veces; pero poco á poco explicóse la extraña conducta de Miguel el último día en que vio á Job vivo, recor-

dando el ardid de que se valiera para que su padre destruyese el testamento con su propia mano.

¡El joven Hazell la entregaba su fortuna, dejándola en libertad de elegir el esposo que fuese más á su gusto! Pero Job parecía reclamar desde su tumba que hiciese justicia á su hijo; antes no sabía cómo, mas ahora todo se aclaraba para ella, y se mostraría justa con Miguel, costara lo que costase.

Susana tocó la campanilla y el abogado entró.

La joven se levantó; estaba muy pálida, pero tranquila.

—Ya he leído eso. Sr. Patchett, y doy á usted gracias por haberme permitido la lectura. Me ha explicado muchas cosas que antes eran obscuras para mí; pero no sé aún si he comprendido bien. ¿Quiere decir que mi padre depositó dinero en el Banco del condado, que se ha perdido todo y que el Sr. Hazell ha entregado su fortuna para salvarme?

—Precisamente. Tal fué el arreglo que se hizo, y Miguel no tuvo conocimiento del hecho hasta después de haber quebrado el Banco. Entonces insistió en que no debía usted sufrir la pérdida á consecuencia de un error de su padre y el de usted; yo quise disuadirle, pero todo fué inútil. Hazell es muy obstinado cuando se trata de usted, y no quiere obrar como un hombre razonable en cuanto se refiere á ese asunto.

—Pues yo no aceptaré ese donativo. ¿Qué puedo hacer?

—Si fuera usted mi hija, contestó mirándola bondadosamente, la diría que hay un medio muy sencillo para arreglar ese asunto, y creo que lo más sencillo es siempre lo mejor... Consienta usted en ser su esposa.

—Miguel rehúsa aceptarme, contestó Susana con acento de amargura á la vez que de indignación.

Estas palabras sorprendieron al abogado, que comprendía ahora menos el sacrificio de Miguel; pero parecióle que una breve explicación suya allanaría todas las dificultades.

—¿Quiere usted depositar en mí su confianza?, preguntó.

—Si puedo, con mucho gusto.

—Bien, pues dígame: ¿se casaría usted con Hazell si éste pidiera su mano?

Susana vaciló un momento; mas al fin contestó:

—Sí, con tal que estuviese segura que él se daría por feliz.

—Pues entonces, todo se puede arreglar perfectamente si usted me permite decirle eso.

—¡Oh, no!, contestó Susana resueltamente. Usted me ha preguntado en confianza y por eso he contestado así.

—Como usted guste, mas creo que esto no es obrar acertadamente. De todos modos, yo no diré nada hasta que usted me dé su permiso.

—Muchas gracias. Ahora no necesito más que saber cómo podré hacer la devolución de este dinero que no me pertenece, y en todo caso, la pérdida no ha de recaer en Miguel Hazell. ¿Puede usted arreglar esto para mí desde luego?

—Sin la menor dificultad; nada es tan fácil como desprenderse de un capital; pero quisiera que pensase usted más sobre el asunto.

—No es necesario, porque no cambiaré de resolución. Sírvase usted arreglar el asunto cuanto antes, pues no estaré tranquila hasta que se haya devuelto el dinero.

—Muy bien, contestó Patchett maravillado al ver de qué manera tan curiosa pueden producirse la generosidad y el antagonismo.

#### XLIV

##### EL CAPULLO

Cuando Susana salió de la oficina del abogado experimentaba un sentimiento de enojo más bien que de gratitud. La explicación del misterio, lejos de complacerla, disgustábase, pues resultaba que Walton había dicho la verdad; mientras que Miguel le ocultaba hechos de suma importancia, y trataba de hacerla dependiente de su generosidad, después de inferirle la más grave injuria que puede hacerse á una mujer. Esto era ya demasiado, y aunque por la devolución del dinero se viese reducida á pedir limosna, persistiría en que las instrucciones dadas á Patchett se cumplieran inmediatamente. Ahora comprendía lo que Job quiso decir al recomendarla que hiciera justicia á su hijo, y explicábase las reprensiones que Miguel se dirigía á sí propio. Su conducta era indigna; háblala tomado por una niña que no sabe hacer frente á la desgracia; quería echarla de bienhechor oculto, y se la privaba de poder manifestar su agradecimiento.

Susana pensó en ir desde luego á Marshstead para

decir á Miguel que lo sabía todo y que estaba resuelta á rehusar su sacrificio; pero poco á poco comenzó á darse cuenta del inmenso amor de Miguel para ella, cuando así la dejaba su fortuna, sin decir una palabra, sin una queja y sin reclamar nada en cambio.

Llegada á su casa, subió á su cuarto, acercóse á su pupitre y buscó aquel capullo que había guardado allí un día. Después fué á sentarse junto á la ventana, besó la flor, cruzó los brazos sobre la mesa, apoyando la cabeza en ellos y sollozó amargamente.

¡Miguel era el hombre que verdaderamente la amaba y le había perdido!

El Sr. Patchett era un hombre vulgar, pero de muy buen sentido y también de carácter bondadoso. Por eso cuando Susana se marchó, sonrióse y se dijo para sí:

«Esto es solamente un pique de amantes. Yo no puedo decir á Miguel lo que ella acaba de confesarme, pues he prometido callar; pero nada me impide hacerle una indicación, y tal vez con esto se arregle el asunto. De todos modos, probaré.»

En su consecuencia, el abogado se dirigió á Marshstead á los pocos momentos de haber salido Susana de la oficina.

Encontró al joven Hazell cuando volvía de los campos; parecía muy abatido, y á primera vista reconocíase que sufría algún hondo pesar.

—¡Ah!, exclamó, ¿usted por aquí, Sr. Patchett?

Su manera de hablar, sus movimientos y ademanes demostraban que todo era indiferente para Miguel. No pensaba más que en el trabajo, considerándole como la panacea para curar sus males.

—Ya veo que adelanta usted en su recolección, dijo Patchett con su alegre tono de siempre, y supongo que es buena, ¿eh?

—Sí, bastante, contestó Miguel fríamente.

—Me parece que sé porque está usted tan contristado. La señorita Holt ha ido á verme, y en cumplimiento de las instrucciones de usted, la he dicho todo sobre la transferencia.

—¿Con qué lo sabe ya?, exclamó Miguel, haciendo un movimiento de asombro, é interesándose al parecer de nuevo en las cosas de la vida.

—Sí, absolutamente todo; y me ha dado instrucciones para que sea devuelta á usted toda la suma.

—Usted no debe hacer eso.

—Yo estoy obligado á cumplir las órdenes de mis clientes cuando no quieren escuchar mi consejo; pero me pareció oportuno advertírsele á usted, indicándole la conveniencia de que vea á Susana. Tal vez logre persuadirla de que incurre en un error, y acaso por amor á usted consienta en dejar las cosas como están.

Si en aquel momento se hubiese producido un terremoto, Miguel habría visto derrumbarse las casas á su alrededor sin manifestar la menor sorpresa.

—La señorita Holt, contestó, es muy resuelta, y creo que sería inútil verla.

Al decir esto, Miguel pensó en la Susana que amaba y en la del presente, pues parecíale ver en la misma persona dos individualidades; en la primera una amiga á quien estaba dispuesto á servir siempre, y en la segunda la mujer cuyo amor le servía de constante compañero, al que podía evocar á su antojo, consolándose con imaginarias conversaciones.

Patchett no comprendió bien la cuestión que mediaba entre los dos jóvenes; pero dedujo que era algo más serio de lo que él había imaginado. Hubo un instante en que estuvo á punto de abusar de la confianza de su cliente; pero como abogado de la antigua escuela, celoso en el cumplimiento de su deber, se contuvo. Sin embargo, quería hacer algo en favor de Miguel, aunque sólo fuera indirectamente, y no dejó de conseguir ese objeto hasta cierto punto.

—La señorita Holt, repuso, es indudablemente muy resuelta; mas en este momento está muy apurada respecto á ese asunto, y usted debería verla.

Al oír esto, Miguel pareció despertar de un sueño y reconocióse culpable de muchas torpezas.

—Iré ahora mismo, contestó.

—Ahí fuera tengo mi cabriolé, dijo el abogado.

Miguel abrió la puerta; pero de pronto detúvose, mudo de asombro, al ver á la señorita Holt con la cabeza inclinada y los brazos cruzados y en la mano derecha un capullo de rosa ya marchito.

Sin duda no había visto á Miguel, y éste, pasando á su lado, tocóla en el hombro con la ternura de un padre y la simpatía de un amante.

—¿Qué ocurre, Susana?, preguntó.

La joven levantó la cabeza; tenía los ojos enrojecidos, cual si hubiese llorado mucho, y en ellos revelábase una marcada expresión de cólera; este debía ser el sentimiento que la agitaba, pues dejó caer el capullo en el suelo y lo pisó, mientras las lágrimas asomaban á sus ojos de nuevo. Después, por un supremo esfuerzo de su voluntad, recobró la calma y

contestó á la pregunta, aunque sin disimular su enojo.

—Me han disgustado mucho varias cosas, y sobre todo lo que usted ha hecho respecto á la transferencia de su fortuna. Me ha engañado usted como...

Iba á decir «á Job;» mas al recordar la generosa conducta de Miguel, abstuvo de terminar la frase. Miguel lo adivinó, sin embargo, é inclinó la cabeza.

—No puedo sincerarme, dijo con dulzura; la única excusa que influiría en su ánimo no debo alegarla ya, y mi contestación se ha de reducir á esto: traté de hacer lo que me pareció justo; y creo que si mi padre viviera reconocería que he obrado bien.

—¿Y no tuvo usted otro motivo?, preguntó Susana con cierta amargura.

—¿Qué otro motivo había de tener?, contestó el joven sorprendido.

—Someterme á un deber que me impusiera la obligación de casarme con usted.

La joven pronunció estas palabras casi con dureza, y sus facciones expresaron á la vez el disgusto y la altanería.

—¡Oh! Susana, ¿es posible que crea usted eso?, exclamó Miguel confuso de vergüenza al pensar que pudiese suponerse de él semejante cosa.

—Tal vez me engañe, añadió Susana apresuradamente; y debe ser así, puesto que usted trató de ocultarme la transferencia; pero si me hubiera respetado tanto como usted quiso hacerme creer, me lo habría usted dicho todo, dejándome en libertad de resolver si debía ó no aceptar el dinero que, según su padre, no estaba obligado á devolver ni legal ni moralmente, y con él su mano.

—Hice mal, lo confieso, perdóneme usted; mas yo sabía que estaba usted separada de mí y proponíame conseguir su bienestar, y creo que el hombre con quien está usted á punto de unirse se hubiera retirado al saber que su futura era pobre.

—Ahora está usted ofendiendo á un hombre honrado, pues debo advertir á usted que Walton está dispuesto á casarse conmigo, aunque yo no tuviera un cuarto.

—Si es así, le respetaré mucho más que antes; mas yo también he sufrido, y no creo que usted se haya mostrado muy justa conmigo.

—¡Muy justa! ¿Qué más puedo yo hacer? Ya he dicho á Patchett que le devuelva el dinero, y desde hoy, no debemos volver á vernos hasta que haya cesado mi enojo.

Semejante humillación, y la idea de haber obrado mal, aunque todo lo hiciera por un exceso de bondad, hubiera sido suficiente para exasperar á cualquiera; pero Miguel se limitó á contestar con tristeza:

—Muy bien, Susana, me someteré á sus deseos.

Esta humildad irritó á Susana más que una respuesta arrancada por el enojo. No se le ocultaba que Miguel había hecho un gran sacrificio por amor á ella, y á pesar de esto le reprendía severamente, sin que él replicase. Tan enojada estaba consigo misma como con él, y hubiera querido oírle pronunciar alguna palabra desagradable para excusar las suyas.

—Me alegro mucho, dijo al fin, que tome usted las cosas con esa frialdad, porque me demuestra que poco le importa la posición en que usted me ha colocado, y además de esto la indiferencia que siente por mí.

Al oír esto, Miguel se irguió: podía tolerar las reprensiones por el mal que había hecho al revelar la última voluntad de su padre, y por haber engañado á éste; mas no que se le acusase de no sentir nada por Susana, precisamente cuando por ella lo sacrificaba todo; y aunque contestó con firmeza, traslucíase en su acento el amor y la ternura.

—Está usted enojada, Susana, dijo tranquilamente, pero más tarde sentirá usted haberme juzgado tan mal. Quisiera que no se hubiese promovido entre nosotros esta desagradable cuestión; y si yo iba á ver á usted era porque la creía apurada; mas temo que en vez de consolarla, como era mi objeto, le ocasionaría mayor disgusto. Está visto que no puedo servir de nada para usted, y por lo tanto... ¡Adios!

Así diciendo, Miguel ofreció su mano; pero Susana cruzó las suyas, y le miró fijamente, con una expresión que parecía decir que sus lazos de amistad quedaban rotos desde aquel momento.

—Cúmplase la voluntad de usted, repitió Miguel con acento sumiso, disponiéndose á retirarse.

Pero de repente, la visión de la mujer á quien tanto amaba le detuvo, y acercóse de nuevo á Susana.

—Esto parece la última despedida, dijo; permítame usted, pues, besar su mano.

La joven retrocedió un paso; su mirada parecía rechazarle, pero á la vez hubiérase podido creer que consentía. Al moverse dejó descubierto el capullo que había pisado y Miguel lo recogió, pero algunos pétalos se diseminaron en el suelo.

—Pensaba que se la había caído á usted algo, dijo Miguel, arrojando el tallo de flores sobre la mesa. Y cogiendo después las dos manos de la joven entre las suyas, añadió:

—No riñamos, Susana, pues podemos ser buenos amigos aun después de casarse usted; y ahora permítame pronunciar la última palabra sobre este asunto. Se reduce á decirle que, proceda usted como quiera, siempre seré su más fiel servidor cuando me necesite. No puede darme el lugar de un esposo, pero sí el de un hermano, y yo siempre le ocuparé con gusto.

Susana, comprendiendo la verdad y el amor que aquellas palabras encerraban, inclinó la cabeza, y entonces Miguel depositó un beso en



Cruzó los brazos sobre la mesa apoyando la cabeza en ellos...

su frente; la joven no pareció resentirse de ello, pero desviándose un poco, contestó:

—Le agradezco, Miguel, todo cuanto ha hecho por mí con la mejor intención; pero ha seguido usted mal camino, y por lo tanto, adios.

Miguel no hizo ninguna otra tentativa para explicarse más, buscando una reconciliación, y se retiró; mientras Susana, recogiendo los pétalos del capullo y el tallo, los guardó cuidadosamente.

XLV

NOTICIAS DE SARA

Todo había concluido; y los mustios pétalos que Susana había recogido del suelo eran la prueba de una amistad rota. Y sin embargo, ¿no podría hablar para decir cuanto admiraba el generoso sacrificio, aunque la enojase que no se hubiera tenido más confianza en ella? No, ya no le era posible hacerlo, porque se había ofrecido á Miguel y éste la había rechazado.

Por otra parte sus dudas respecto á Miguel, y la indignación que contra éste experimentó, ¿no eran acaso una prueba de que no le amaba como se debe amar á quien se admite por esposo? No podía contestarse á esto, pero comprendió que al romperse los lazos de una amistad de tantos años, se produciría un gran cambio en su existencia. Sara no estaba ya á su lado, y esto le pareció entonces mucho más serio que antes de separarse de Miguel.

Aquella noche se acostó muy disgustada, pero sin sollozar, y con los ojos secos.

La suave luz de una mañana de otoño iluminó también el cuarto de Susana y la despertó; mas para ella todo era melancólico, y estaba muy triste cuando salió de su casa á fin de ocuparse en los trabajos del día.

La recolección tocaba á su fin, y hasta entonces Susana pareció muy orgullosa de su cosecha; mas

aquel día todo le era indiferente; creía que todo el mundo la abandonaba, y dejándose llevar de ese resentimiento, murmuró en medio de sus reflexiones: «¡Aunque así sea, sabré prescindir de él!»

Sin embargo, su extraña mirada, la palidez de su rostro, y sus ojos abatidos, llamaron la atención de todos sus trabajadores.

—Parece que nuestra ama toma muy á pecho la muerte del anciano Job, dijo la mujer de Carter á su compañera Brígida.

—¡Pobre joven!, contestó ésta. ¡Qué lástima!.. ¡Es tan buena!

—Seguramente; y siempre lo fué para los que necesitaban su auxilio. Todos sentirían mucho que la ocurriese alguna desgracia.

Hasta el viejo Carter, que no era nada curioso, no pudo menos de notar el cambio en su ama.

—¡Diantre!.., señorita, exclamó, tiene usted cara de persona que necesita médico.

—¡Qué disparate, hombre! Nunca estuve mejor que ahora; pero esta noche pasada he dormido mal. El médico no podría hacer nada.

—También lo creo, murmuró Carter, moviendo la cabeza expresivamente.

Susana no pudo menos de agradecer las simpatías de su gente; le habría molestado, sin embargo, saber que Carter había dicho que «el Sr. Walton era el médico que ella

necesitaba,» pues era cosa corriente entre los criados y algunos trabajadores que Walton era el hombre favorecido.

Susana, que esperaba ansiosa la hora del correo, creyendo que iba á recibir carta de su prima, atravesó el Prado, llegando á un punto del camino en que estaba segura de ver á Zacarías cuando pasase.

No tardó en aparecer el buen cartero, y apenas hubo divisado á Susana, dióla los buenos días.

—Solamente hay una carta, dijo, y es de Londres.

Susana, después de recoger la carta, hizo ademán de retirarse; pero Zacarías siguió mirándola, como si tuviese algo que hablar.

—Dispense usted, señorita, dijo; pero creo de mi deber manifestar á usted que en la ciudad se dice que la señorita Sara y el caballero Walton se han escapado juntos.

Al oír esto, Susana se volvió rápidamente.

—¿Y quién dice eso?, preguntó.

—Todo el mundo. El Sr. Walton fué anoche á

la estación y preguntó al empleado de guardia si había visto á la señorita Hodsoll por la mañana, y para dónde pidió billete. Se le contestó que para Londres; el Sr. Walton pidió uno para el mismo punto, y marchó también. He creído de mi deber decir á usted esto, y espero no haberla ofendido.

Susana se afligió al saber que la fuga de Sara era conocida ya; pero contestó tranquilamente.

—La señorita Hodsoll ha ido á Londres para evacuar algunos asuntos, y si se le hace á usted alguna pregunta sobre el particular, podrá decir que el señor Walton ha tenido la bondad de seguirla, por si acaso puede servirla de algo.

—Muy bien, señorita; así lo diré. Usted lo pase bien.

El incidente fué conocido muy pronto en toda la comarca, y sobre él se hicieron diversas suposiciones. El Sr. Lewis creyó que Walton le había pedido el dinero para fugarse con Sara; mas no experimentó resentimiento alguno contra su amigo.

La carta que Susana había recibido era de Walton y tenía la fecha del día anterior y decía:

«Sara tomó billete para Londres; me lo dijo el empleado de la estación, que la conoce bien y pudo darme el informe al punto. En mi última conversación con usted se me olvidó hacer una pregunta importante. ¿Tiene Sara aquí amigos ó conocidos á quien pudiera dirigirse? Sirvase contestar á vuelta de correo.»

»Suyo afectísimo.—T. W.»

Susana contestó por telégrafo á Walton, diciéndole que su propio abogado había sido amigo del padre de Sara, y su agente de negocios.

Dada esta contestación, Susana adoptó sus medidas para emprender el viaje á la capital, dando sus instrucciones á Carter con tal tranquilidad, que éste creyó que se trataba simplemente de hacer fiesta un par de días, si bien pareció extraño que se ausentase antes de terminar la recolección.

Durante el día, Susana pensó varias veces que le

hubiera sido útil el auxilio de Miguel; pero estaba resuelta á probar que podía prescindir de él.

Hazell, por su parte, tuvo conocimiento de la supesta fuga, y por mucho que le asombrara, vió en ella motivo de regocijarse, porque pensó que Susana estaba libre, y que á pesar de lo ocurrido entre los dos, tal vez le sería dado esperar un porvenir feliz.

Mas con este dulce sueño mezcláronse tristes reflexiones, porque Miguel pensó en lo mucho que debió sufrir Susana en aquel momento. Sabía que profesaba á su prima el mayor afecto, y pensó que tal vez amaría á Walton; si esto era cierto, los dos acababan de engañarla; y tal fué su pesar, que de buena gana hubiera corrido al Prado á no ser por el temor de disgustar á Susana. Sin embargo, resolvió escribirle dos líneas, diciendo:

«¿Puedo hacer algo por usted? En tal caso, hágame usted feliz contestándome que acepta mis servicios.»

El mensaje pareció á Susana difícil de contestar. Quería que Miguel comprendiese que no necesitaría ya sus servicios para nada; mas al mismo tiempo no podía decirlo claramente, hallándose triste, pero no enojada. Habíase propuesto cortar toda clase de relaciones con Miguel, y estaba muy dispuesta á mantener su resolución; pero al fin contestó al mensaje en los siguientes términos: «Muchas gracias; nada puede usted hacer por mí ahora.»

Susana vaciló mucho antes de escribir la palabra *ahora*, porque parecía implicar que tal vez más tarde aceptaría su auxilio, lo cual infundiría acaso al joven Hazell una esperanza que jamás debía realizarse; pero prefirió mostrarse amable por respeto al pasado.

Hecho esto, continuó sus preparativos para ir en busca de Sara; pero los interrumpió un telegrama de Walton, que decía:

«Smith me ha dado las señas de Sara y mañana volveré con ella.»

Sin confiar mucho en el buen éxito de la misión de Walton, Susana resolvió, sin embargo, esperar hasta el día siguiente.

#### XLVI

##### EL CASTIGO DE WALTON

El pretendiente de Susana, no obstante, desempeñaba su misión con mucho celo. Walton se figuraba haber empeñado, en competencia con Hazell, una carrera, en la que el premio debía ser la mano de Susana; pero otros motivos más nobles le impulsaban. Ningún hombre que oye á una mujer decirle que le ama, deja de corresponderla en cierto modo: Sara había demostrado hasta qué punto estaba dispuesta á sacrificarse por él, en sus intereses y en su casa, y conmovido profundamente al abrir el paquete que le había dado, resolvió pagarle la suma que le debía y hacerla volver á la granja á pesar suyo.

A Walton le disgustaba mucho visitar al señor Smith; pero esta vez, apenas recibió el telegrama de Susana, fué á la oficina del abogado y allí obtuvo las señas de Sara.

La joven se había ido á una antigua casa de pupilos, situada en el Strand; mas no se hallaba en casa cuando Walton llegó. El portero le dijo que si quería dejar su tarjeta se la daría á la señorita cuando volviese.

—No es necesario que diga usted nada, contestó Walton, porque dentro de una hora pasaré otra vez por aquí.

Así diciendo, Walton deslizó una moneda en la mano del portero y el hombre le saludó, asegurándole su silencio.

Al cabo de una hora volvió.

—¿Ha venido ya la señorita?, preguntó al portero.

—No, señor; pero se aloja en la habitación número 17 del primer piso.

Walton comprendió al punto.

—Muy bien, replicó subiéndole la escalera.

No le fué difícil hallar el cuarto, llamó, y como le contestaran «adelante,» abrió la puerta.

Sara estaba sentada y escribiendo; apenas vió á Walton, púsose en pie, muy pálida, y la pluma se escapó de entre sus dedos.

—Suplico á usted que no se moleste, dijo Walton, pues vengo como amigo, y aunque muchas veces los amigos estorban, no vengo á dar á usted consejos, que son enojosos á menudo, como sé muy bien por experiencia propia.

Walton había prolongado su exordio á fin de dar á Sara tiempo de recobrarle de la sorpresa; y sin duda consiguió su objeto, pues la joven contestó con mucha tranquilidad:

—Siento mucho no poder decir que me alegro de ver á usted. Hablando con franqueza, considero su visita como una intrusión, porque rogué á mi prima

que no me buscara, y comprendo que es ella la que le ha enviado á usted.

—Sí..., es decir, ella fué quien me dijo que se había marchado usted.

Sara miróle con una sonrisa irónica, y fijando después la vista en el suelo, le preguntó con mucha calma:

—¿Qué desea usted de mí?

A pesar de la sonrisa, la mirada de Sara parecía indicarle la respuesta que más la hubiera complacido. Walton hubiera preferido agradecer más bien que producir enojo ó sentimiento, con mucha más razón tratándose de Sara, á quien había ocasionado un gran disgusto; pero hacíase necesario despejar la situación, y adelantándose hacia la joven á medida que ella se retiraba, dejó sobre la mesa los billetes de Banco obtenidos en cambio del talon del señor Lewis.

—Veo que está usted enojada contra mí, dijo; mas quisiera que me diese su mano.

Sara vaciló, pero al fin presentó la suya sin poder hablar, porque un sollozo ahogado se lo impedía.

—Lo primero que debo hacer, continuó Walton, es dar á usted este dinero, y quiero advertirla que su generosidad me ha contristado más aún que su enojo; esto último podía hacerme reír; mas en cuanto á su...

Walton se interrumpió como si temiera decir algo ridículo, mientras que Sara permanecía en la misma postura, mirándole sin la menor expresión de piedad, de amor ó de odio.

—Reconozco, siguió diciendo Tomás, que he obrado mal, pero no creí que fuese tanto como parece indicar su carta á Susana.

—Caballero, repuso Sara con dureza, yo no he indicado nada.

—Entonces será que mi conciencia culpable ha interpretado mal sus palabras y actos; pero ya comprenderá usted que si un hombre hubiera de unirse con todas las jóvenes á quienes dirige una palabra cariñosa, todos tendríamos que emigrar.

Walton trataba de dar cierto carácter jocoso á la situación; pero Sara se mantenía siempre tan grave y muda, que siguió explicándose torpemente, comenzando á irritarle aquel silencio.

—Vamos, Sara, continuó, yo no soy ningún muchacho, ni usted tampoco una niña; somos antiguos amigos y no debemos reñir por bagatelas.

Sara seguía mirando fijamente á su interlocutor sin despegar los labios, y al fin Walton comenzó á perder los estribos.

—¿Qué razón tiene usted para no hablar?, exclamó. Si he cometido alguna falta imperdonable, podría usted decirme al menos cuál es.

Sara ofreció una silla á Walton, pero con ese aire de irónica cortesía que no puede menos de irritar ó ofender al hombre de carácter más tranquilo.

—¿Quiere usted tomar asiento, Sr. Walton?

El joven dió un paso atrás, como si tuviera la intención de dar media vuelta y salir de la estancia; pero contúvose por un supremo esfuerzo y resolvió explicarse con Sara de una vez. Comenzaba á creer que Sara no tenía motivos para obrar así solamente por el hecho de haberla dirigido alguna vez palabras afectuosas, cosa que cualquier hombre hubiera hecho sin considerarse como comprometido con ella.

—Gracias, contestó. He traído á usted esto, añadió señalando los billetes de Banco, y no podría expresar hasta qué punto siento haber retrasado tanto el pago. También traigo un mensaje de su prima, quien desea que vuelva usted cuanto antes á la granja á fin de evitar el escándalo; y si me fuera permitido dar un consejo, diría que debe usted acceder sin tardanza.

Sara, sin mirar siquiera los billetes de Banco, habíase asomado á la ventana, desde la cual se veía tan sólo una calle muy triste.

Cuando la joven volvió al mismo sitio de antes, su mirada fría había desaparecido; pero en su rostro revelábase tal angustia, que Walton experimentó cierta inquietud.

—Es usted muy amable, Sr. Walton, dijo Sara, y ruego me dispense mi rudeza. Usted me sorprendió, y hace días que me siento más débil...

Walton, regocijado al oír á la joven hablarle así, interrumpióla alegremente.

—Dentro de una hora, dijo, saldrá un tren para Dunthorpe..., tenemos tiempo suficiente, añadió mirando su reloj; arréglese usted y vámonos ahora mismo; Susana se alegrará mucho y yo también.

—No, contestó Sara tranquilamente. Yo no volveré al Prado.

—¡Vamos, no diga usted niñerías! Es preciso volver á casa.

—Yo no tengo casa; y ya le he dicho á usted que no me es posible volver á reunirme con mi prima.

Walton quedó un instante perplejo, y después, como si le ocurriese una idea feliz, repuso:

—¿Quiere usted pensar sobre ello hasta mañana, permitiéndome que vuelva á recibir su contestación?

—Sí, contestó la joven; vuelva usted mañana.

Y separáronse al parecer como buenos amigos.

#### XLVII

##### LA PERSECUCIÓN

En cumplimiento de lo convenido, Walton se preparó para visitar á Sara á la mañana siguiente; levantóse hora y media antes que de costumbre y se vistió apresuradamente. Después de almorzar pagó su cuenta y salió de su alojamiento persuadido de que iba á llevar á Sara en triunfo á Dunthorpe. El reloj de San Dunstand no señalaba las nueve aún; seguramente era demasiado temprano y no quería presentarse á una hora desusada.

Para matar el tiempo, dirigióse hacia el puente y se entretuvo en mirar las embarcaciones que iban y venían por el río. Sus pensamientos eran algo confusos, y la perspectiva de sus negocios no le parecía muy agradable; pero consolábase con la idea de que iba á dar una prueba de su celo á Susana, desempeñando tan satisfactoriamente la misión que le confió.

Tomás Walton no había estado nunca tan grave como aquel día.

Sin saber por qué, el recuerdo de Sara le producía malestar é inquietud, y hubiera dado cualquier cosa por no haberla conocido nunca. ¿Había engañado él á la hija de su antiguo amigo Hodsoll? Walton no veía cómo ni cuándo podía haber hecho semejante cosa. Sara era la que se había engañado, y era muy triste que se le acusase de haber robado la tranquilidad á una mujer, labrando su desgracia, solamente porque le habló varias veces con dulzura. Como hombre, no podía decir esto á nadie, y seguro estaba además de que no se le creería si llegase á decirlo.

Sin embargo, parecíale suficiente reconocerlo él mismo, y con esto alivió su conciencia de algún desagradable recuerdo, mientras que se dirigía al hotel. El portero estaba en su puesto.

—La señorita, dijo al ver á Walton, ha salido esta mañana á las nueve, encargándome que le diera esto cuando llegase.

Y el hombre entregó un sobre muy abultado á Tomás; éste le abrió al punto, vió que contenía algunos billetes de Banco, de los cuales no hizo aprecio, y cogiendo la carta que los acompañaba, leyó lo siguiente:

«Muy señor mío: del dinero que tuvo la bondad de entregarme ayer, he tomado la cantidad que mi padre prestó á usted; en cuanto á la que le ganó en las apuestas, no puedo aceptarla, y de consiguiente se la devuelvo. Lo hago así para tranquilizar su conciencia, aunque no negaré que el dinero es muy útil para mí en las presentes circunstancias; pero aun esta consideración pesa en mí menos que el deseo de satisfacer á usted. Le suplico que acepte este arreglo final, sin ejercer en mí más presión respecto á este desagradable asunto.

»También le ruego que no me busque otra vez. Le agradezco la bondad que le impulsó á venir á Londres para conducirme á la granja, y le doy las gracias con todo mi corazón; pero la presencia de usted me entristece, y creo que no trataré de aumentar mi dolor al romper los lazos más queridos de mi existencia. Tal vez sea tan sólo por algún tiempo, acaso muy corto. Cuando usted se haya casado; iré á verle, y espero poder hacerlo sin resentimiento alguno ni enojosas reflexiones. Sírvase entregar la adjunta carta á mi prima. Adiós; espero que cuando volvamos á vernos será en más felices condiciones que las de ayer.—S. H.»

Mientras Walton leía estas líneas, experimentó un sentimiento de angustia que no había conocido hasta entonces, producido sin duda por el pesar que le ocasionaba la carta que leía.

—¡Quisiera que hubiéramos estado en Utah, dijo al fin, para casarme con las dos!

No consideraba que, aun cuando se hubiesen hallado en la tierra de los Mormones, ninguna de las dos jóvenes habría consentido en semejante arreglo, por agradable que fuera para él.

La tranquila resignación que la carta de Sara revelaba, conmovióle más hondamente aún que la generosidad de que le había dado tan marcada prueba; pero estaba resuelto á entregar á la joven la cantidad devuelta. Sin embargo, sentía que Sara se le hubiese escapado con tanta facilidad, precisamente cuando se congratulaba del buen éxito de su misión, y, á pesar de la advertencia de la joven, resolvió buscarla por todas partes.

(Se continuará.)

SAN PETERSBURGO

MONUMENTO Á PEDRO EL GRANDE

OBRA DE LEOPOLDO BERNSTAMM

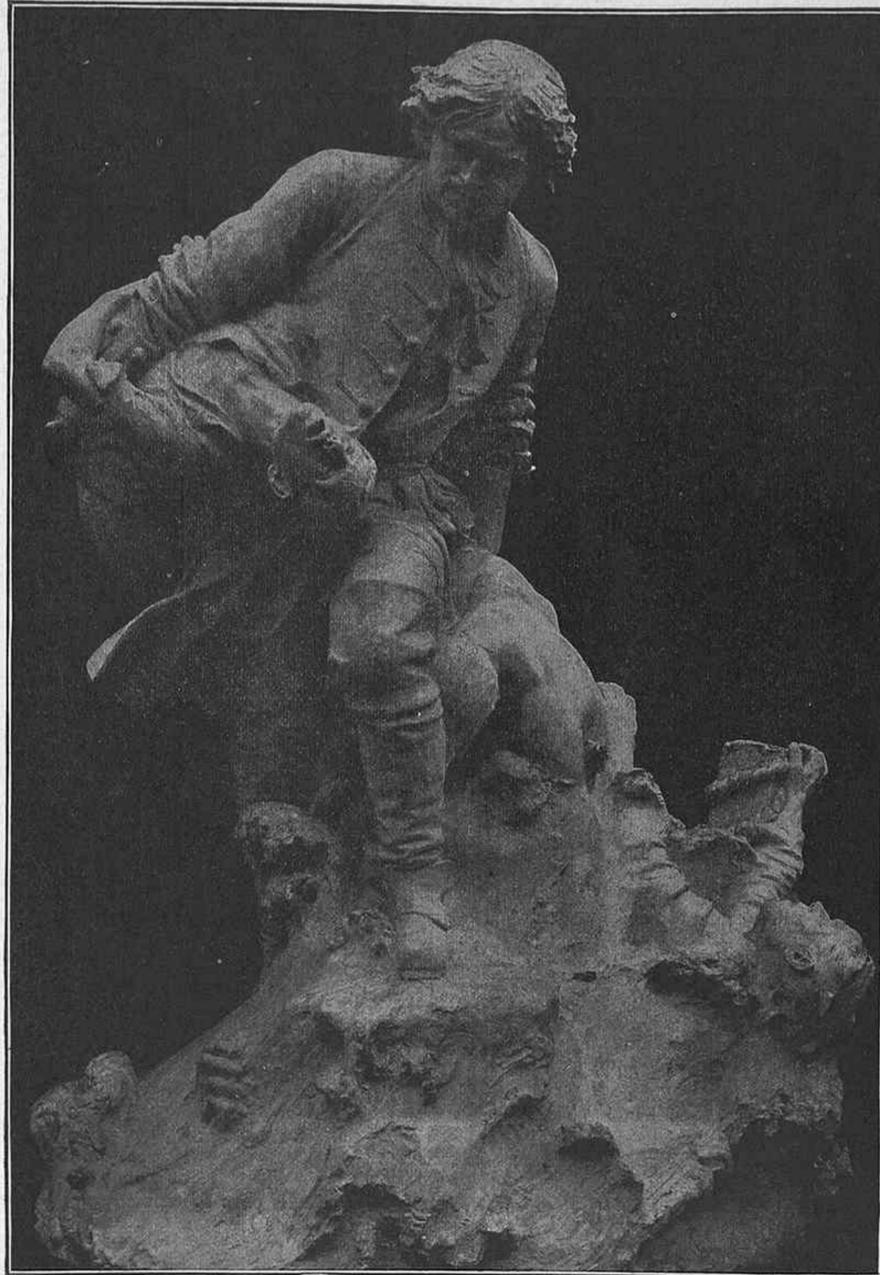
El tsar Nicolás II ha querido regalar á la nación rusa un monumento dedicado á la memoria de su gran antecesor Pedro el Grande, y al efecto encargó al celebrado escultor alemán Leopoldo Bernstamm que reprodujese en un grupo imponente uno de los más notables hechos heroicos de aquel emperador, el salvamento de los ocho náufragos de Lachta realizado en 1724.

El artista ha cumplido el encargo de una manera notable. En el grupo por él modelado, el tsar ha recogido, de entre los restos de la barca pesquera estrellada en una roca, el cuerpo de un joven marinero, cargándose debajo del brazo derecho, mientras con el izquierdo procura sacar del agua á otra de las víctimas, que está enteramente desnuda. La playa está cerca y el salvador, confiado en sus hercúleas fuerzas, espera poder llegar á ella con su preciosa carga, á pesar del estado agitado del mar. Recogida la levita de uniforme, inclinada la hermosa cabeza con expresión fieramente resuelta, su grandiosa figura surge majestuosamente entre las olas, los náufragos y los restos del barco destrozado.

El salvamento de los náufragos de Lachta es uno de los más bellos episodios de la vida de Pedro el Grande, quien, en aquella ocasión se sacrificó por algunos de sus más humildes vasallos, pues murió á consecuencia del enfriamiento.

Nicolás II quiere, con razón, mantener vivo en el pueblo la memoria del valor y de la filantropía del fundador del Estado, de quien muchos sólo recuerdan con demasiada frecuencia, las violencias á que su indómito temperamento le condujo.

Todavía no se ha resuelto en qué sitio de San Petersburgo se elevará el monumento de Bernstamm, que es de bronce y se apoya en una roca de granito rojo; es probable, sin embargo, que se erija en los jardines del palacio de Peterhof, en donde hay ya otro grupo del mismo escultor, que representa á Pedro el Grande levantando en brazos á Luis XV cuando niño. — X.



Monumento que se erigirá en breve en San Petersburgo á la memoria de Pedro el Grande y que representa á éste, salvando á los náufragos de Lachta. Obra de Leopoldo Bernstamm.

recién nacido, á la habitación y mobiliario del niño, á los cuidados y ejercicios corporales, y á los cuidados que deben tenerse en ciertas circunstancias de la primera edad, (niños nacidos antes de tiempo, niños débiles, vacunación, dentición, enfermedades). Lleva un prólogo del Dr. Tolosa Latour y una tabla-guía de la madre para la alimentación del recién nacido. Un tomo de 140 páginas, editado en Barcelona por Ramón de S. N. Araluce. Precio, 2'50 pesetas encuadernado y 1'50 en rústica.

EL PENSAMIENTO HUMANO, por *Odeffa Ettiffal*. — Colección escogida de máximas, sentencias, proverbios, refranes, aforismos, axiomas, apotegmas, adagios, consejos, metáforas, dichos, ideas, pensamientos y reflexiones morales de los más ilustres publicistas de todos los siglos, sobre la política, la familia, la juventud, la educación, el amor, la amistad, las relaciones sociales, el deber, la verdad, el arte, etc. Contiene más de mil pensamientos de más de cuatrocientos autores. Un tomo de 160 páginas, impreso por Martín Mena y C.<sup>ª</sup>, en San Sebastián. Precio, una peseta.

LECCIONES DE COSAS EN 650 GRABADOS, por *G. Colomb*, adaptación hispano-americana por *Luis G. León*. Tercera edición. — Libro escrito dentro de las más modernas tendencias pedagógicas y mediante el cual el niño adquiere fácilmente positivos y sólidos conocimientos sobre varias importantísimas materias, como las piedras, los metales, el agua y el aire, las materias alimenticias, el alumbrado y la calefacción, los enemigos y los aliados del hombre, las materias industriales, el hombre y la astronomía. Un tomo encuadernado de 146 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gili.

LA ESQUELLA DE LA TORRATXA. ALMANAQUE PARA 1908. — Contiene multitud de trabajos amenísimos, en prosa y verso, de nuestros principales literatos y una verdadera profusión de bonitos grabados de los más notables artistas. Un tomo de 208 páginas, editado en Barcelona por Antonio López. Precio, una peseta.

VIDA TRÁGICA, por *Victor Catalá*, traducción de *Angel Guerra*. — ¿SIN REMEDIOS?, por *Micaela Peñaranda y Lima*. — Forman parte estos dos libros de la meritisima *Biblioteca Patria*. El primero es un tomo de cuentos de la eminente escritora catalana que firma con el seudónimo de Víctor Catalá, muy bien traducidos por el reputado literato, tan conocido por el seudónimo de Angel Guerra. El segundo es una novela de asunto muy interesante, perfectamente observada y escrita en elegante estilo. Ambos tomos llevan ilustraciones de Luis Palao, han sido editados en Madrid y se venden á una peseta cada uno.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ESCOLA DE MESTRES. MEMORIA DEL CURS 1906-07, por *Juan Bardina*. — Interesante trabajo, en que el docto director de tan meritoria institución explica la historia de la misma, su organización, los resultados obtenidos de las sabias enseñanzas que se dan en la *Escola*, los trabajos efectuados fuera de ésta y el plan para el siguiente curso. Un folleto de 44 páginas, impreso en Barcelona, en la imprenta de Francisco Badía. Precio, una peseta.

CATECISMO DE LA MADRE DE FAMILIA, por el *Dr. G. Delcuve*. Traducción del *Dr. Xalarbarder y Serra*. — En este libro, notable manual de higiene de la primera infancia, que fué premiado con medalla de oro en la Exposición Internacional de Higiene de Bruselas de 1897, se estudian todos los problemas que se refieren á la alimentación y á los vestidos del

Victor Catalá, muy bien traducidos por el reputado literato, tan conocido por el seudónimo de Angel Guerra. El segundo es una novela de asunto muy interesante, perfectamente observada y escrita en elegante estilo. Ambos tomos llevan ilustraciones de Luis Palao, han sido editados en Madrid y se venden á una peseta cada uno.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, diríjense para informes á los Sres A. Lorete, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

**ROB**  
**BOYVEAU - LAFFECTEUR**  
\*  
Célebre Depurativo Vegetal  
cura las  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.  
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO  
H.FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ª</sup>, 102, R. Richelieu, París.  
Todas Farmacias.

**Historia general del Arte**  
*Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Gléptica, Indumentaria, Tejidos*  
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.  
**MONTANER Y SIMÓN, EDITORES**

**Dentición**  
**JARABE DELABARRE**  
JARABE SIN NARCÓTICO.  
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.  
EXÍJANSE el SELLO de la "Union des Fabricants", y la FIRMA DELABARRE.  
Establecimientos FUMOZE, 78, Faubourg St-Denis, París, y las Farmacias del Globo.

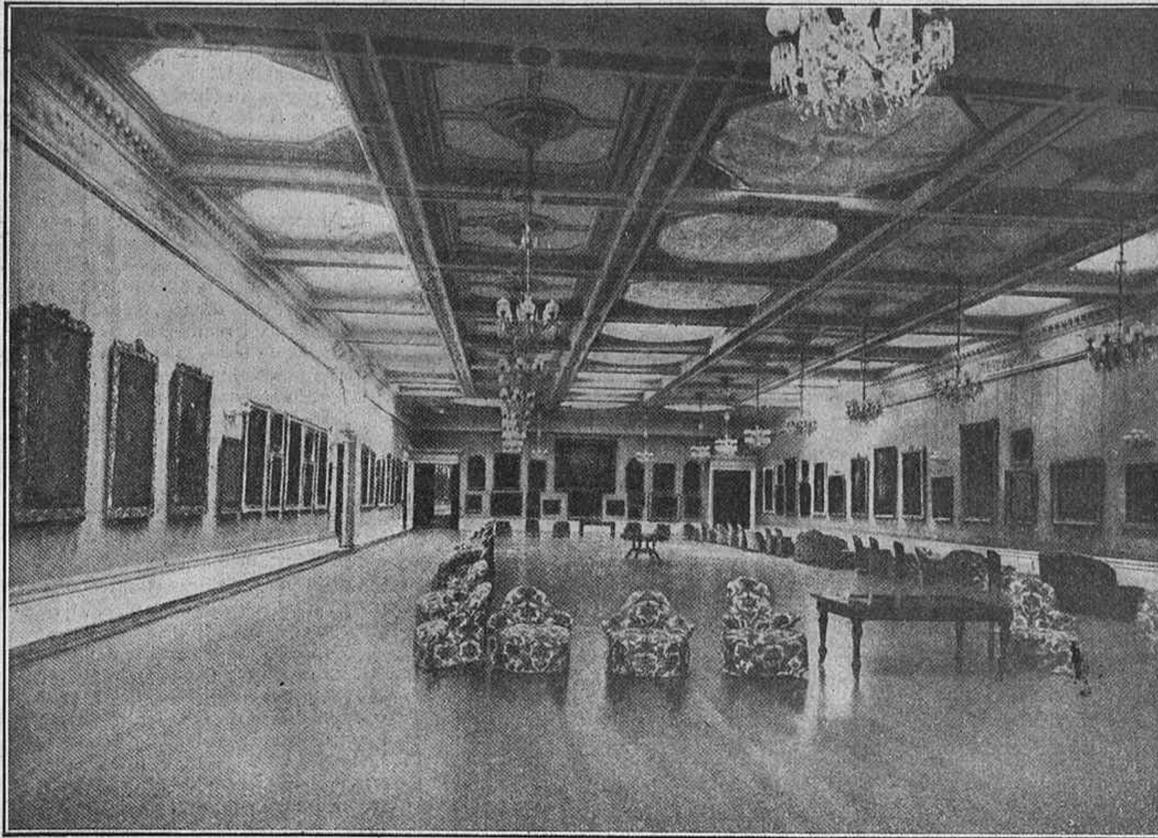
**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
SOBERANO CONTRA  
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN  
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
Todas Farmacias.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero  
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

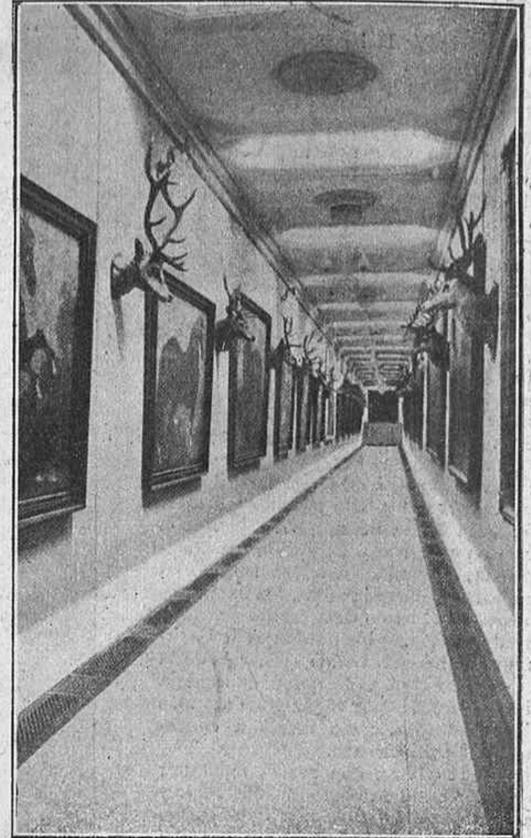
**VINO AROUD**  
CARNE-QUINA  
el mas reconstituyente soberano en los casos de:  
**Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.**  
Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

**PATE EPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

EL PROCESO DRUCE-PORTLAND, QUE TANTO INTERÉS DESPIERTA ACTUALMENTE EN INGLATERRA. (De fotografías.)



El gran salón subterráneo de la abadía de Welbeck, en donde el actual duque de Portland ha dado recientemente un espléndido baile en honor de los reyes de España



Galería subterránea que conduce al gran salón de baile de la abadía de Welbeck

En el número 1.352 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos extensamente de este célebre proceso que tanto llama la atención en Inglaterra, y al exponer los antecedentes del mismo explicamos las maravillas que el quinto duque de Portland realizó en los subterráneos de la abadía de Welbeck, construyendo en el subsuelo de la misma un palacio lleno de tantas magnificencias como pudiera desear el más acaudalado y fastuoso magnate. El primero de los grabados adjuntos reproduce el suntuoso salón de baile en donde, hace pocos días, el actual duque dió una fiesta espléndida en honor de los reyes de España; el otro es una vista de la galería que á dicho salón conduce y en ella se ven los muros adornados con cuadros, lo que da idea de lo que son esas catacumbas.

En las sesiones del tribunal han declarado hasta ahora multitud de testigos, muchos

de ellos favorables al que se presenta como heredero legítimo, Jorge Hollamby Druce; una de las declaraciones más importantes ha sido la de la señora Hamilton la cual ha afirmado que conoció al duque de Portland y á Tomás Carlos Druce, que eran una sola y misma persona, y que en varias ocasiones vió como el duque se sacaba del bolsillo una barba postiza y se la ponía cuando estaba de humor melancólico.

Como Jorge Hollamby Druce, al llegar á Londres procedente de Australia, no contaba con medios para sostener ante los tribunales su reclamación, fundóse, con el título de «G. H. Druce Limited,» una sociedad por acciones, de 11.000 libras esterlinas de capital, dividido en 10.000 títulos de una libra cada uno y 20.000 de un chelín. Actualmente las acciones de una libra esterlina se cotizan á cuatro libras.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

**PILULE**  
de **BLANCARD**

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.

EXIGIR LA SIGNATURE

al **IODURO** de **HIERRO**  
**INALTERABLE**

APROBADAS  
por la  
Academia  
de  
MEDICINA

DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C<sup>o</sup>, 40, R. Bonaparte, Paris.

**AVISO Á  
LAS SEÑORAS**

**EL ANIOL** DE LOS  
DRES  
**JORET HOMOLLE**

CURA  
LOS DOLORES, REIARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS

F<sup>o</sup> G. SEGUIN - PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

**PUREZA DEL CUTIS**

— LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.

Se y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS  
B<sup>o</sup> St-Denis, 10

Data de 1849

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma **WLINSI**.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

**HEMOSTÁTICA**

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN